



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

LOS DOS PRIMOS

Narraciones

Escrito el año 1984

*
*
*
*

Portada: Río Abuná - Pando
EDITOR © Rolando Diez de Medina
La Paz – Bolivia

INDICE

[LOS DOS PRIMOS](#)
[CAMINO SIN RETORNO](#)
[EL NICTALOPE](#)
[MONTAÑAS](#)
[TRANSFORMACIÓN](#)
[LA DAMA DEL GUANTE VERDE](#)
[ESA MIRADA](#)
[EL OTRO](#)
[EN EL MICRO](#)
[MONTERANI](#)
[LA ADIVINA](#)
[HABLO EL JEFE](#)
[EL TORO AZUL](#)
[LA REINA NEFERTITI](#)
[¿UN LADRÓN?](#)
[JOANNA](#)
[EL ANALFABETO](#)
[MONTELMAR](#)
[RAMONCITO Y LA PELOTA DE DE TRAPO](#)

"Que tu relato sugiera siempre algo más de lo expresado. Ese poder misterioso que proyecta el pensamiento más allá del curso lineal, es el secreto del buen narrador".

Imantata

LOS DOS PRIMOS

No hubo dos caracteres que armonizaran mejor. Teodoro y Sabino, primos de nacimiento, crecieron muy unidos desde la tierna infancia. Jamás disputaban porque el segundo siempre se sometía a los designios del primero y éste, en recompensa esta dispuesto a cederle los mejores beneficios en cuanto intentaban. De miras y gustos afines ambos compartían el amor a la ambición, a la aventura, a soñar en lo más alto; y lo más alto era para ellos la política.

Después de una carrera tormentosa y no ciertamente recta, Teodoro llegó a Presidente y Sabino, el compañero de toda su confianza fué designado Jefe de Policía. Al cabo de cuatro años de régimen constitucional, Teodoro se convirtió en Dictador; hacia ya catorce que gobernaba como autócrata. Y Sabino lo respaldaba a maravilla. El Dictador era astuto, cruel, maligno: no fiaba en nadie sino en su Jefe de Policía y éste no menos duro, frío, insensible respondía plenamente a la confianza de Teodoro. Para ellos sólo existía dos clases de hombres en política: los que están conmigo y los que están al frente. Apenas trataba de levantar cabeza un partido de oposición sus líderes eran descalificados por mil tretas sucias o desaparecían rápidamente de la escena. "Hacerse temer —decía el Dictador— es la única forma eficaz de gobernar". Y su Jefe de Policía lo secundaba con la consigna pareja de "todo para los amigos, implacable para los enemigos".

"Tenían concentrado el poder económico en sus manos: la Banca y la Industria estaban bajo su control. Dominando las dos fuentes del poder y del dinero habían impuesto un régimen que parecía inmovible. Ambos, trasmontada la cincuentena, se hallaban en la flor de la vida y como no eran tontos gobernaban con eficacia y previsión. El país era rico, estaba bien administrado, las masas tenían lo suficiente para no caer en las tentaciones de la hidra socialista. Muchos eran los satisfechos, pocos los descontentos; y a esos pocos Sabino los vigilaba con pupila avizor y mano pronta.

Mejor que una monarquía absolutista la dictadura tenía impuesto un sistema de riguroso control: era justa con todos los que no se metían en política, áspera e intolerante con los opositores recalcitrantes a los cuales el Jefe de Policía controlaba eficazmente. En catorce años había más de un centenar de conspiraciones sin que llegara a estallar ningún movimiento revolucionario.

Teodoro, a cada éxito de su primo, se frotaba las manos con fruición: "es una joya éste mi primo, nada se le escapa; mientras él esté de guardia en su policía yo puedo dormir tranquilo en palacio."

Y de verdad eran tales el celo y la capacidad de Sabino, tenía organizado un sistema de vigilancia tan estricto, como si estuviera alerta las veinticuatro horas del día, que nada escapaba a sus ojos de halcón: lo prevenía y descubría todo. "Debe tener pacto con el demonio —decían sus adversarios— porque mira más allá de lo más secreto y se ríe de las delaciones."

Entre sus pocas virtudes los dos primos tenían la de ser generosos con sus colaboradores a quienes recompensaban largamente cuando sus servicios eran positivos. El teniente Hernández, ayudante del Jefe de Policía, adoraba a éste, aprendía de sus artes y sus mañas y lo admiraba, sobre todo, por ese poder de adivinación que le permitía prever los movimientos y las reacciones de sus contrincantes. "Es un brujo —sostenía Hernández— adivina las jugadas de los perseguidos."

Mientras Sabino mantenía el orden y desbarataba todas las maniobras de los subvertores, Teodoro se dedicaba a gobernar y administrar hábilmente la república. No toleraba la inmoralidad burocrática; sólo él y su primo podían abusar del poder y cometer fraudes que ocultaban diestramente. La prensa, atemorizada, no se atrevía a denunciarlos. Y ocurría el raro caso de una dictadura que hacía respetar las leyes, contentaba a la mayoría, e impulsaba decididamente el progreso de la nación.

Por lo demás la lealtad del Jefe de Policía, afianzada en una vida, era inquebrantable hacia el Dictador. No hubo amistad más sólida ni más duradera.

Sabino, tan despierto y perspicaz como Teodoro, fungía también como su consejero y a fe que lo hacía bien: siempre acertaba en sus previsiones. Inútil decir que Teodoro lo quería más que a sus propios hijos.

Era un caso raro: la Dictadura, en general, gobernaba bien, dejaba mano libre a los que no se metían con ella y sólo apretaba despiadada a sus enemigos. Pero había orden, desarrollo

gradual, prosperidad y nadie se acordaba de la dichosa democracia. Sólo puñados de descontentos intentaban subversiones que resultaban implacablemente descubiertas y aplastadas por Sabino.

Una mañana el Jefe de Policía fué llamada de urgencia a Palacio. Halló de mal humor al Dictador:

—Ya sabrás que ha desaparecido el Ministro de Finanzas, uno de mis hombres de confianza.

—Lo sabía —repuso Sabina, tengo varias pistas y espero en ocho días esclarecer el caso.

Pero transcurrieron los ocho días y nada se pudo averiguar.

Pocos días más tarde desaparecía en la misma forma misteriosa, sin dejar huella, el Ministro de Defensa.

El Dictador montó en cólera:

—Es la primera vez que fallas —dijo a su primo. ¿Qué te sucede? ¿Cómo es posible que en un país tan bien organizado y regido como el nuestro, desaparezcan dos ministros de Estado sin dejar rastro? Mueve a tus gentes y aguza ese ingenio que tanta fama te ha dado.

—Esta vez no fallaré —contestó Sabino— y te aseguro que daré con los raptores.

¿Pero eran raptores o asesinos? Nadie había pedido rescate lo indujo a pensar que más se trataba de crímenes políticos. Sabino torturó en vano a gentes de la oposición no sabían nada. Redobló sus esfuerzos, recurrió a toda su experiencia sin hallar el menor indicios de las misteriosas desapariciones.

Cuando le tocó el turno de evaporarse al Ministro de Educación, el Dictador tuvo un acceso de ira; destrozó a patadas un mueble de su despacho e increpó a su primo:

—Eres un inútil. ¿Qué te pasa? Te estás volviendo viejo, los criminales se burlan de ti. Debería echarte de tu cargo, ya no sirves para nada. Y se le escapó el epíteto denigrante: “estúpido”.

El Jefe de Policía balbuceó humillado:

—En estas tres semanas, aparte de mis esfuerzos por resolver lo de tus ministros, he debelado dos conspiraciones y castigado cinco fraudes en la aduana...

—Cosas menores, sin importancia —replicó Teodoro encolerizado. ¿Qué seguridad hay para mí si mis ministros desaparecen y mi jefe se seguridad nada descubre?

—Haré lo imposible— arguyó Sabino: dame otros ocho días.

Regresando a su despacho el Jefe de Policía extremo las nuevas medidas de seguridad y pesquisa: dobló el sueldo a los espías de la Secreta, ofreció una suma cuantiosa a quien diera la menor pista sobre el caso de los tres ministros, hizo una rotación total de agentes y empleados, cambió también los hombres de la guardia de Palacio, trabajó incansablemente de día y de noche (se le veía pálido, ojeroso, desanimado. Su mal humor se descargaba por cualquiera nimiedad y contra todos. Sus más allegados comprendían que la desaparición de los tres ministros lo estaba enloqueciendo.

Los tres ministros que aun rodeaban al Dictador temblaban de miedo, extremaron precauciones y exigieron dobles y triples guardias en sus casas y en sus ministerios. Sabino confió su cuidado a sus más hábiles agentes.

Transcurrieron ocho días y el Ministro de Obras Públicas y Comunicaciones se hacía humo. La prensa no se atrevía a tocar el espinoso suceso pero la ciudad se pobló de murmullos y chismorreos: "está maldito, se va a caer." Y hasta llegó a pensarse que los desaparecidos lo habían hecho por su voluntad, para alejarse del Dictador, mas esta última hipótesis fué desechada, pues eran íntimos amigos de Teodoro, le debían espléndidas situaciones y todo seguía normal, sin que nada delatara debilidad en el Gobierno.

Esta vez Sabino no se atrevió a presentarse, fingióse enfermo y sólo tres días más tarde, cuanto creyó apaciguada la cólera del déspota recibía la nueva reprimenda.

—¡Esto es intolerable —bramó Teodoro— los de acá no se atreven a chistar porque saben lo que les esperaría, pero la prensa internacional se ríe de mí, de tí, de nuestro gobierno y sobre todo de tu famosa policía. Tus sistemas de vigilancia, la antigua pericia de tus hombres, tu fama de sabueso para descubrirlo todo se han ido al diablo. ¡Vete, no quiero verte más!

El Jefe de Policía se retiró como perro apaleado del Palacio. Reunió a sus hombres más importantes, cambió los métodos de investigación, hurgó en hogares y reuniones, tomaba de sorpresa a todos con medidas insólitas, toques de queda, incursiones rapidísimas en todos los centros de reunión o lugares se juzgaba frecuentados de trabajo a sus gentes, y andaba siempre enfurruñado despojándose de la simpatía que antes le valiera la adhesión de sus subordinados.

La desaparición del quinto dignatario, el Ministro de Relaciones, ya no sorprendió a nadie: se había hecho normal que cada ocho días se desvaneciera uno de los íntimos del Dictador.

Este sufrió un ataque al hígado que lo postró dos días en cama. "Nada de encolerizarse —recomendaron los médicos— reposo, estricto y sobre todo calma, mucha calma."

La entrevista de los dos primos no fue tan tormentosa como las anteriores, pero Teodoro no disimuló su resentimiento:

—Confiaba tanto en ti... ¿En quien puedo apoyarme ahora después de tus estrepitosos fracasos?

Sabino, avergonzado, callaba, callaba.

Comprendió que como él mismo el Dictador estaba asustado frente a la impunidad de los misteriosos agresores. Y lo peor consistía en que también el miedo cundía en la población, nadie se sentía seguro, sobre todo las personas importantes del Gobierno o de la Empresa Privada temía ser las nuevas víctimas.

Sabino llamó a su ayudante:

—Teniente Hernández— dijo entregándole un sobre —aquí tiene usted mis últimas disposiciones que sé las hará cumplir; o descifro el enigma de las extrañas desapariciones de los ministros o me pego un tiro.

"Es todo un hombre —reflexionaba el Ayudante— corona su carrera descubriendo el mayor misterio de su vida, o se elimina por incapacidad profesional."

Siguieron el pánico dentro del Gobierno y en el público: nadie se sentía seguro.

Esta vez el Dictador prefirió no hablar con su Jefe de Policía; pensaba ya sustituirlo y echarlo ignominiosamente del cargo a pesar de la vieja amistad y de las muchas pruebas de lealtad y de eficiencia que le había brindado en el curso de toda una vida. "Está loco o enfermo —cavilaba Teodoro— no cabe otra cosa que cambiarlo. Ya no me es útil."

Ocho días después desaparecía el sexto Ministro, el de Economía y Agricultura.

Teodoro había perdido a sus seis ministros, sus mejores amigos y Sabino caía en el desprecio de los que ayer lo respetaban como el "hombre fuerte" del régimen.

El Dictador cogió el teléfono y después de insultar al Jefe de policía le espetó:

—En homenaje a nuestra vieja amistad te concedo tres días para que descubras a los asesinos o presentas tu dimisión.

No quiso escuchar respuesta y colgó el teléfono.

Sabino comentaba con sus hombres lo crítico de la situación: seis ministros desaparecidos, en realidad todo el Gabinete, caso único en la historia continental y no existía ni el menor rastro de esas sucesivas evaporaciones de las personas físicas de los favoritos del Dictador. En casos de crimen o de secuestro siempre hay huellas, rastros, indicios que si no siempre llevan al esclarecimiento de los hechos, al menos permiten conjeturar lo sucedido. Pero en el caso de los seis ministros esfumados en menos de dos meses, no existía la más mínima señal que permitiese vislumbrar la solución del problema. Sabino y sus hombres, desconcertados por lo extraño de los sucesos estaban, en el fondo, desesperados en su orgullo profesional. Se hablaba ya que el Dictador pensaba disolver la Policía Secreta, echar a todos, incluso al Jefe, y crear un nuevo organismo más apto para las funciones de seguridad y vigilancia del gobierno.

Esos tres días Sabino multiplicó sus métodos represivos y sus esfuerzos con prodigiosa actividad: removió el Palacio, el Parlamento, las oficinas de los opositores, investigó a militares y civiles, se coló en las Universidades y en los Sindicatos, indagó secretamente en las Embajadas, sus espías especializados recorrieron mercados, estadios, cines, recopilaron antecedentes de toda organización o persona sospechosas, y estableció turnos de vigilancia nocturna con nuevos sistemas de guardia que hacían casi imposible escapar a la vigilancia policial.

Por último investigó sin que ellas se dieran cuenta, a las gentes de mayor confianza de Teodoro. "No me fío de nadie —dijo a su Ayudante— y estoy dispuesto a descabezar a ciento descabezar a ciento antes que rendirme en esta búsqueda."

En la mañana del día señalado por el Dictador éste fué sorprendido quedando alborozado al escuchar la voz del Jefe de Policía por el hilo telefónico:

—Presidente —hablaba emocionado Sabino —he descubierto al asesino. Corro a Palacio para darte los detalles. Quiero que tú seas el primero en conocer el misterio descifrado.

"El buen Sabino —pensaba el Dictador— tenía que triunfar al fin. La pesadilla ha terminado y al bribón que nos tuvo en jaque lo haré hervir en agua caliente." Sin poder esconder su satisfacción, el Jefe de Policía entró risueño al Palacio, saludó cordialmente cosa que no hacía en las últimas semanas, e ingresaba sereno y seguro al despacho presidencial.

Fué recibido con estas palabras:

—¿Quién es el asesino?

La respuesta de Sabino fué fulminante:

—¡El asesino soy yo!

Y sacando su revólver victimó con seis tiros al Dictador.

Al oír los disparos los edecanes entraron presurosos al despacho presidencial y al ver al Dictador bañado en sangre, dispararon a su vez sobre el Jefe de Policía.

Ambos primos perecieron instantáneamente.

Nadie supo el por qué de la tragedia ni tampoco se esclareció el enigma de los seis ministros desaparecidos.

Muchos años después cuando ya no quedaba ni el recuerdo de la dictadura, un hurón de biblioteca encontró una pequeña libreta de apuntes que perteneciera a Sabino. En su última página éste había escrito: "Teodoro es un canalla, me ha engañado con mi mujer. Le quitaré sus seis ministros finalmente lo mataré."

Así los historiadores y los políticos llegaron a conocer el desenlace del drama que puso fin a la dictadura, y el fatal fin de la vieja amistad de Teodoro y Sabino, los hombres más poderosos y temidos de su tiempo.

Pero lo que nunca se pudo saber — ni el autor intenta imaginarlo— es como el Jefe de Policía pudo hacer desaparecer las personas físicas de los seis ministros sin dejar la menor huella de sus crímenes.

CAMINO SIN RETORNO

Viajaba para olvidar pero en verdad no podía olvidar. Haber estado unido a la mujer más encantadora que es dable imaginar y después de cinco años de dicha indecible perderla, era una crueldad del destino. ¿De qué le valían juventud, salud, fortuna, inteligencia? Lo perdido no podía ser sustituido. Mujeres hermosas sobre el trasfondo de atractivos paisajes desfilaban ante sus ojos mas ninguna hacia olvidar a la desaparecida.

Sentado ante la mesita de un café al aire libre en Viena recordaba, soñaba, revivía el tiempo ido. No, no se puede describir lo perfecto, no intentaba hacerlo, pero su figura y su imagen regresaban constantemente a su memoria. Era tan bella, tan seductora. Le parecía verla pasar entre la muchedumbre... Y a esos instantes de éxtasis rememorativo sucedía el duro vacío de la realidad: no era ella, no podía serlo... Sólo tristeza y soledad. Quien no perdió al ser amado no puede comprender la amargura incolmable del abandonado.

Sólo un retrato como vestigio de la pasada felicidad. Lo llevaba siempre en su cartera, solía mirarlo largamente y la intensidad del recuerdo fluía tan honda que no pocas veces se le antojó que los de la amada brillaban amorosos y la boca pronunciaba las antiguas voces de ternura. Imaginaciones no por fugaces menos placenteras.

Debía partir dos días después a las islas del Egeo. Entretanto Viena le escondía sus encantos. En la terraza del "Sacher" gentes de toda laya y las abigarradas vestimentas mezclaban voces y ademanes sin importarse del solitario que bebía su tercer pocillo de café.

"Sólo, solo... ¿Qué puede atraerme en esta multitud cosmopolita? Viena del amor dichoso, en la primera acompañado por la Siempre Novia, es muy distinta ahora, trocada en la fría soledad y el gris permanente que me turba el ánimo. La vida ya no tiene sentido, nada puede conmovirme..."

Anselmo Haussmann se sentía la cabecita de un alfiler extraviada en el laberinto de su pena. Nadie con quien comunicar, nadie a quien amar, nadie que lo ciñera de ternura y comprensión.

Contemplaba indiferente caras y cuerpos de heterogénea apariencia; ¿qué podrían importarle los demás, Era el rey destronado, ignorado de un país bellísimo que pocos conocieron.

De pronto el corazón le dió un vuelco: junto a una mesita próxima tomaba asiento una mujer cuya presencia lo dejó estupefacto: se parecía asombrosamente a la Muy Amada: la misma figura el mismo rostro encantador, los ojos oscuros, la sonrisa indecisa, y hasta vestía el favorito traje azul que resaltaba su hermosura. ¡No, no podía ser si Ella quedó sepultada en la patria lejana...! No podía ser. Pero cuanto más miraba más se convencía del parecido físico de la desconocida con Ella. El torso erguido, las maneras delicadas del movimiento, la mirada que se perdía en lejanía, todo, todo evocaba, mejor revivía la presencia de la Muy Amada. Era y no era Ella... Tentado estuvo de acercarse mas lo contuvo el temor de ser rechazado.

La mujer pidió una limonada —¡como Ella!— luego sacó un pequeño libro en tafilete rojo de su bolso y comenzó a leer desinteresada del contorno.

Anselmo Haussmann miraba en suspenso la misma estatura, el mismo porte, el mismo ritmo delicado al mover las manos de largos y finos dedos. Y descubrió otro detalle: no llevaba joya alguna sino dos perlas en las orejas, como Ella.

Creyó estar soñando... Era víctima de una alucinación, el exceso de pesar había exacerbado su pensamiento, veía lo inexistente, se trataba de una superposición de imágenes, la de la desaparecida sobre la de la desconocida. Una ilusión... Pero seguía mirando y la mujer seguía allí conformando sus rasgos y sus movimientos exactamente iguales a los de Ella.

“Es el calor —pensó— que me ofusca la mente.”

No obstante la Otra-Ella estaba ahí, muy próxima, abstraída en su lectura lo que permitía al hombre observarla detenidamente. Si, era Ella, Ella y nadie más, que por una magia inexplicable revivía en Viena la maravilla perdida en La Paz.

Absorto en su extasiada contemplación olvidó el tiempo, perdió la iniciativa, sentíase juguete del azar... Intensamente dichoso con sólo mirar a la desconocida cuando ella, se levantó para alejarse— con el mismo andar cadencioso de la Muy Amada — no se atrevió a seguirla. Había sido un espejismo, una ensoñación en pleno día, una proeza del recuerdo y la voluntad. En fin: nada. Una proeza del recuerdo y la voluntad. En fin: nada.

Pero al día siguiente desconocida regresó a la mesita próxima pidió una limonada y reanudaba la lectura del pequeño libro de tafilete rojo.

Entonces Anselmo Haussmann ya no dudó más: ¿no dicen que todos tenemos un doble que se parece exactamente a nosotros? Pues bien: la mujer del librito rojo era el doble de la Muy Amada. Ignorando su nombre resolvió llamarla y Otra –Ella. Y otra ella como día anterior era la imagen, la figura, la presencia rediviva de la mujer perdida y ahora reencontrada.

Si: era su mujer, María, la amadísima, la inconfundible, la que sólo a él pertenecía; y estaba ahí, tan cerca como invitándolo a aproximarse. Otra-Ella era en verdad María, la perfectísima...

Un tanto vacilante, trémulo todavía de emoción, se acercó a la desconocida:

—María —balbuceó— ¿cómo es posible?

La mujer alzó la vista del libro y los miró sorprendida. Su mirada cálida, acariciante, como la de Ella, manifestaba más curiosidad que simpatía. Y con el mismo timbre de voz tan amado y evocado Otra-Ella dijo algo en alemán que el hombre no entendió. El hablaba en español, la mujer en tudesco: Jamás se entenderían.

Se retiró confuso, volvió a su mesa y desde allí siguió contemplando a la desconocida que sumida en la lectura no pareció dar importancia al incidente.

Cuanto más la observaba el hombre se afirmaba en una convicción: era el doble de María, su hermana gemela, la reencarnación del ser perdido. No sólo la semejanza somática, hasta los mínimos gestos recordaban pasmosamente a María. Le acudió la frase clásica "se parece a una gota de agua como otra gota de agua." Sí: Otra-Ella era en verdad la Muy Amada.

Pero estaban en Viena, a miles de kilómetros de su sepultura y las resurrecciones no existen en esta época de crudo materialismo. No: estaba delirando, el parecido físico no entraña el retorno de una persona. ¿Y cómo sería su espíritu, tendría la bondad, la inteligencia, la fina sagacidad de Ella? ¿Era un ser vivo, un fantasma, una ofuscación de la mente o de la vista? Era María no era María...

El camarero se acercó a la desconocida le dijo unas palabras en alemán que el hombre no entendió. La mujer se levantó y regresó en pocos minutos. ¿Una llamada telefónica? Y en ese lapso entre el levantarse, el caminar, el alejarse y el regresar Anselmo Haussmann reconoció nuevamente los movimientos y las maneras sutiles con que la Muy Amada se desplazaba en el espacio. Sí: era Ella, sólo, solo podía ser Ella...

La mujer reanudó la lectura. El hombre prosiguió su muda contemplación oscilando entre la dicha de la hermosa visión y el tormento de no poder comunicar con la desconocida.

Fué otra media hora de extasiado delirio.

Transcurrida la media hora —hacía las cosas con precisión matemática como Ella— la dama se levantó el hombre sintió o creyó sentir que un leve movimiento de la testa adorada y una sonrisa casi imperceptible le daban la despedida.

Al tercer día se repitieron las escenas de los dos anteriores. Anselmo Haussmann, el viudo desolado, andaba ya en el tercer pocillo de café cuando Otra-Ella reapareció en la mesita próxima, pidió su limonada y se enfrascó en la lectura del librito de tafilete rojo. ¡Dios Santo, pero si era María! Hasta el moño recogido detrás de la nuca y el modo de mover la cabeza y mirar al sesgo eran los propios de la ausente... Su corazón le decía "acércate otra vez pide al camarero que traduzca tus palabras, hazte conocer." La mente le respondía "sería ridículo, valerse de intérprete para un imposible". Porque ciertamente era imposible que un boliviano de paso y una austriaca desconocida pudiera entenderse. Era imposible...

Siguió mirando y admirando a Otra-Ella, hallándola cada vez más semejante, más encantadora, irradiando ventura y alegría como la Muy Amada. Si: era Ella, era Ella no podía ser otra distinta persona...

Un instante la mujer levantó la cabeza y lo miró pero su mirada no tenía el brillo de estrella de la de María, era mas bien el mirar tranquilo de una dama honesta, recatada, que no admite conversación con desconocidos.

El hombre se descorazonó: no era nadie, nadie para Otra-Ella. La mujer volvió a sumirse en la lectura y cuando Anselmo sentíase hundido en plena derrota, la dama vienesa volvió a mirarlo esta vez con ligera simpatía, trocando en un segundo su desencanto en un júbilo repentino que despertó su antigua energía; si: ahora se aproximaría a la bella y descubriría el misterio de su personalidad. Otra-Ella era María, ya no podría negarlo...

Hizo ademán de levantarse para acercarse a la dama pero ésta con un movimiento leve de cabeza y alzando la diestra le ordenó permanecer en su sitio. Anselmo obedeció dócilmente, la Muy Amada lo tenía cautivo de su belleza.

Otra-Ella se levantó, volteó el cuerpo admirable y mientras los ojos hermosísimos se cubrían con el velo de tristeza murmuró una palabra en alemán que a Anselmo Haussmann se le antojó significaba "adiós".

La mujer se alejó esbelta y armoniosa como solía hacerlo la Muy Amada.

Al cuarto día no volvió. Ni el quinto. El solitario, ansioso, interrogó al camarero:

—¿Ha vista usted a la señora del librito rajo que tomaba asiento en esa mesita?

El camarero extrañado contestó:

—¿Qué señora? En el verano el sol es tan ardiente y la mesita carece de protección de la sombra; nadie la ocupa. Hace diez días que está vacía.

EL NICTALOPE

Girt, ladrón profesional, tenía cuidadosamente organizada su actividad cotidiana. Bajo el nombre de William Ferguson fungía como un pacífico vendedor a domicilio, inscrito en los registros comerciales y absolutamente serio, responsable. Entregaba escrupulosamente el importe de las ventas a sus propietarios o devolvía los artículos no colocados. En varios años tenía ganada la confianza de comerciantes y clientes.

No era el vulgar carterista de golpes de mano que se apodera rápidamente de la billetera ajena, sino un ladrón de alto vuelo: pocos y grandes robos al año pero seguros, infalibles. Para ello lo ayudaban su mente ágil, atenta a los menores detalles y una cualidad excepcional: ser nictálope lo cual le permitía moverse en la oscuridad sin recurrir a luces o linternas.

Tenía ya algo más de un millón de dólares—y 26 años— y pensaba llegar a los tres millones; entonces abandonarían su peligrosa actividad se convertiría en un reputado hombre de negocios. Elegía cuidadosamente la casa y la víctima, siempre algún acaudalado, no importándole preparar en muchas semanas sus hurtos —le sobraban tiempo y paciencia— sino ajustar previamente su estrategia operativa. Conocía todas las mañas y recursos del oficio: sabía aprovechar indirectamente de la servidumbre, no existía cerradura que resistiese a sus ganzúas, conocía a la perfección el arte de silenciar las alarmas eléctricas, de ganarse a los perros, de caminar silenciosamente con zapatillas de goma y, lo más importante, de hacerse invisible en la noche pues utilizaba una vestimenta negra que lo cubría de cabeza a los pies dejando sólo aberturas para los ojos, la boca y la nariz. Además, como antes de dar el golpe —hasta entonces todos le resultaron infalibles— conocía al mínimo detalle la distribución de los cuartos y salidas, así como las costumbres de los habitantes de la mansión asaltada, resultaba poco menos que imposible eludir sus timos.

Pero Girt no era un ladrón vulgar, se creía un artista, un maestro inigualable en su profesión. Obraba solo, absolutamente solo, carecía de amigos y confidentes y éste era otro de los secretos de su éxito: valerse por sí mismo, desconfiar de todos, tratar sus tácticas de ataque como un general sobre un mapa, calculando sus movimientos y previniendo las probables reacciones de los afectados.

En 1975 Girt sólo realizó dos robos, con tal maestría que no dejó la menor huella: el millonario Levings y el industrial Sette fueron despojados de joyas y valores por cerca del millón de dólares. Policías y detectives se declararon impotentes para descifrar los dos latrocinios.

El ladrón de alto vuelo se trasladó a otra urbe donde siguió viviendo como William Ferguson viajante y vendedor comercial. En pocos meses se ganó la confianza de varios barrios de clase media. Debía redondear los tres millones de dólares con un asalto a la casa del banquero Morrigan, el cual se jactaba de poseer los mejores sistemas de seguridad y alarma contra ladrones. "Mejor, así será una doble hazaña: penetrar a una fortaleza que se cree invulnerable y despojar a su dueño de grandes riquezas."

Casi todo el año de 1976 transcurrió estudiando los preparativos, detalles y circunstancias del último robo. Girt debía luchar con dos rondas nocturnas que vigilaban casa y jardines, tres

mastines de gran alzada, varias alarmas eléctricas, puertas y ventanas herméticamente cerradas, y contar con otros mecanismos secretos que podrían malograr su empresa. Su mente siempre despierta había acumulado todos los datos y referencias relativos a los hábitos de los moradores de la casa: Morristan tenía cuatro hijos, su esposa y una cuñada que se trocarían en probables enemigos a la menor señal de alarma.

Pero Girt era valiente, nada lo arredraba, y su celo profesional llegaba a tal punto que llegó a dar igual importancia al robo en sí y al hecho de burlar al banquero rodeado de vigilantes y sistemas de seguridad.

La noche de su última proeza —abrigaba la certeza de vencer y de poder retirarse a una vida normal. Y respetable — se vistió de negro, calzó las zapatillas de goma, y provisto de dos bolsas igualmente negras donde llevaba sus herramientas y carne para eliminar a los mastines, se encaminó a la mansión elegida.

Había estudiado y calculado tan minuciosamente lo que debía hacer que todo comenzó a desenvolverse con precisión de relojería. Saltó como un acróbata el alto muro del parque, evitó las rondas de los vigilantes que con las luces de sus linternas anunciaban su llegada, con la carne narcotizó a los mastines, desconectó los tres sistemas exteriores de alarma; pero no pudo abrir las complicadas cerraduras de las puertas. Escaló la pared que llevaba al segundo piso: sólidas rejas impedían acceso al interior de la casa. También esto estaba previsto, trepó al techo y por una claraboya se introdujo sigilosamente al segundo piso. El escritorio quedaba a un extremo de un largo corredor. Tuvo que enfrentar un incidente inesperado: una persona —probablemente el hijo mayor— se recogía de una aventura nocturna y caminaba sin zapatos hacia su dormitorio. Los dos cuerpos estuvieron a punto de chocar pues se movían en la oscuridad, el nictálope con gran seguridad, el otro a tientas para no delatar su presencia. Girt eludió al extraño, se confundió en las tinieblas y se tranquilizó al observar cómo el otro penetraba a su dormitorio.

Tardó algo más de lo calculado en desconectar las dos alarmas interiores. Luego con paso cauto ingresó al escritorio del magnate, una pieza grande que contenía muchos muebles, objetos de arte, archivadores y diversos armarios bien distribuidos. Examinó detenidamente la habitación palpó los cuadros levantándolos para ver si no disimulaban la ansiada caja de caudales: no había nada. En el escritorio no existía la habitual caja de hierro para guardar tesoros.

Razonando metódicamente, reparó en un alto archivero de acero: allí debían encontrarse los caudales del millonario. Girt descansó unos minutos antes de emprender el asalto final a la fortaleza de acero, él bien sabía cómo abrir esos altos muebles de acero que no tienen la consistencia ni la resistencia de las cajas de caudales. En un rápido repaso mental recordó todo lo hecho hasta entonces, la precisión de sus movimientos, la docilidad con que se fueron enlazando las cosas, cómo cada acción había respondido exactamente a los planes previstos. "La inteligencia todo lo puede" — pensó con orgullo— nada podía oponerse a su ciencia para sorprender tesoros y robarlos sin dejar huella. No en vano se había adiestrado en varios años de audaces golpes científicamente estudiados. Claro que debía buena parte de su éxito a la extraordinaria cualidad con que lo dotara la naturaleza: poder ver en la oscuridad: era la mitad para vencer, pero la otra mitad valía más, su ingenio para urdir los robos, su destreza para establecer la estrategia de cada aventura, su valor y su indomable voluntad. Sí: era, verdaderamente el rey de los ladrones que nadie conocía pues la más cara cotidiana de William Ferguson emboscaba celosamente al saqueador. Era una gran ventaja ser nictálope para su arriesgada profesión ser nictálope, mas lo esencial radicaba en su fría mente lúcida, en su tenaz voluntad para enfrentar y sortear cualquier obstáculo.

Girt se hallaba frente a su destino: este último golpe le permitiría redondear los dos millones de dólares que se tenía fijados para convertirse en un hombre de bien y olvidarse de su peligroso pasado. "El hombre todo lo puede— reflexionaba y nada hay que no pueda vencer su férrea voluntad."

Frente al escritorio se alzaba un retrato de cuerpo entero del banquero Morristan. Girt lo contempló con una sonrisa despectiva: "te he vencido —murmuró— con toda tu riqueza, con todo tu poder, no has podido impedir que viole tus defensas y saquee tus riquezas. La astucia puede más que la fuerza."

Respiró profundamente en una inspiración de felicidad — estaba próximo a la cima, coronaría su actividad profesional — y se acercó al alto archivero de acero.

No tenía una cerradura normal sino más bien complicada. En menos de cinco minutos pudo inutilizarla. Latiéndole el corazón de gozo abrió lentamente las hojas del mueble de acero: en su interior, bien ordenadas, se acomodaban joyas, lingotes de oro, billetes de banco, acciones, documentos valiosos. ¿Qué se llevaría?

Girt extendió las manos para coger los lingotes de oro y el instante en que sus dedos tocaron el primer macizo áureo, dos manos de hierro brotando de las paredes laterales del archivador lo aferraron en un abrazo mortal que le impedía el menor movimiento. Simultáneamente se encendieron las luces del escritorio y un timbre de alarma desde el interior del mueble esparcía su llamada estridente.

Entonces comprendió el ladrón que veía en la noche que la astucia del banquero Morristan lo había vencido. Su carrera profesional estaba terminada.

MONTAÑAS

Desde niño mantenía una extraña comunicación con los grandes cerros próximos a su casa. Los admiraba, les consultaba, a veces también les vertía sus confidencias y en ese lenguaje mudo de la contemplación desinteresada estrechaba una misteriosa relación con las grandes masas informes que lo atraían como el imán al acero.

—Escuchaste el llamado de las montañas —solía decirle el abuelo persuasivo.

De adolescente la amistad entre el muchacho y los montes se acrecentó. Trepaba los riscos más elevados, se solazaba en las cimas empinadas, nada le era más placentero que subir montañas disciplina física que le producía intenso goce espiritual. Y es que pocos comprenden la íntima relación que existe entre la tierra erguida y la hormiguita humana que la recorre sin descanso.

De Universitario prosiguió sus correrías montuosas. Y ya profesional entretenía los días y las horas libres en su pasión favorita de escalar los cerros. Nada de andinismo que exige preparación cuidadosa, entrenamiento, equipos especiales y la compañía de otros para reducir los peligros; sino simplemente el ascenso solitario al monte escarpado que sólo exigía tenacidad y resistencia física para entregarse.

Los incidentes de la ascensión a las montañas no podían ser más variados. Tropezaba con plantitas desconocidas, recogía piedras raras, de pronto una grieta lo obligaba a retroceder para buscar nuevo camino, bordeaba con paso seguro precipicios, un resbalón le daba conciencia del riesgo, un trecho cuesta arriba resultaba más difícil de lo que aparentó de más abajo, los descansos al trepar al gigante no podían ser más gratos, dominaba ya parte del panorama, recuperaba fuerzas, y adquiriría conciencia del maravilloso poder que la naturaleza ha concedido al hombre para esa marcha vertical que lo acerca a las nubes.

¿Sabe alguien los profundos e inéditos goces del trepador de montañas?

La Madre-Tierra se trasfunde en el escalador si el escalador penetra en la Tierra-Madre. Y pocas cosas hay más excitantes que ese combate silencioso entre el monte que se niega a ser conquistado y la pequeña criatura que se esfuerza por dominarlo. El ascenso a los grandes cerros se convierte, entonces, en una proeza, es la lucha de la voluntad humana contra la inmovilidad que

resiste de la energía telúrica. Pero una vez en la cumbre trepador tributo y montaña se reconcilian: él pagó su tributo de esfuerzo y de fatiga, ella premia al esfuerzo otorgándole la sensación de victoria y el soberbio espectáculo que se avizora de su cima.

No es extraño que el trepador se sienta, a veces, un pequeño Luzbel: puede violar los secretos de la naturaleza y subir hacia donde moraban los antiguos dioses. El mundo se le entrega.

Pero vencidos los cortos conflictos que supone toda relación entre dos que se enfrentan y se entienden, hombre y monte afirmaban su firme vinculación afectiva ¿pues quien podría sostener que la tierra no siente también pasión por el habitante que la invade y la posee?

El trepador de montañas es un triunfador, sin público, sin fama, sin recompensas; le basta su sola y clara convicción. Y nada se compara con la fruición de sentirse dictador del paisaje desde la cumbre que extiende la visión y transforma al hombre en mago del, paisaje. Desde lo alto se miran las cosas con mayor ecuanimidad, se razona mejor, hasta el pensamiento se torna más libre y seguro, la imaginación se viste de domingo. Allí, parado o sentado en la tierra erguida y triunfal, el escalador se siente, aunque sea fugazmente, dueño del mundo. Todo se despliega majestuosamente a sus pies. Es peligrosa la soledad del varón empinado en un cerro elevado pero las cabezas fuertes se embriagan con el vacío aterrador que las circunda, el silencio y la soledad de las épicas alturas, y el regusto de la cosa conquistada que a su vez convierte al desafiante en vencedor absoluto de su hazaña.

Solterón treintañero, el hombre siguió siendo empedernido trepador de montañas. Nunca se cansaba de frecuentarlas.

En cierta manera más para sentida que para expresada, el trepador dialogaba con los montes. Llegó a pensar que eran seres vivos su inmenso poder inmóvil que hablaba en el lenguaje de la presencia que se impone por sí misma. Muchas confidencias virtió el hombre en las orejas de la montaña, muchos consejos y sugerencias brotaron de los labios térreos para el escalador de audacias verticales. Eran, de verdad, su único amor, la razón de ser de su vida. Panteísta intuitivo desasido de inquietudes religiosas o filosóficas le bastaba saberse Señor del Paisaje, domeñador de los cerros y los montes, poner su planta en las cumbres elevadas que en días pretéritos fueron adoratorios, fortalezas, o puntos de vigilancia de pasadas civilizaciones. ¿Y qué destino tendrían en el futuro las montañas, qué nuevas funciones les asignarían las culturas por llegar?

Una tarde, a la hora crepuscular, cuando el sol teñía de granate los filos montañoses, el hombre pensó lo maravilloso que sería si los altos cerros pudieran moverse, trasladarse de un punto a otro, aproximarse y retirarse a la cima desde la cual los observaba. Sueño absurdo... Pero no debía ser tan absurdo cuando se oye aquello de que la fe mueve montañas, y se recuerda la leyenda oriental —búdica o hindú— según la cual un “guru” ayunando quince días y concentrando poderosamente su mente desde lo alto de un monte puede ver que se movilizan los montes.

Dióse entonces el hombre a duros ejercicios de privaciones físicas y concentraciones mentales. Pensó intensamente que podía mover montañas con sólo su pensamiento. Pasó muchas semanas en vanos intentos: nada ocurría. Pero él persistió con tenaz porfía. Sometió su cuerpo a crueles disciplinas, ejercitó su mente en difíciles pruebas de concentración, se penetró de la idea de poder animar lo inanimado, conoció el sabor amargo del fracaso mas no se desanimó. Cuando más miraba al cerro de enfrente desde su elevada atalaya, con mayor profundidad se sumergía en el propósito de moverlo y hacer lo caminar...

Por fin un día después de duros empeños, le pareció que el perfil aristado del alto cerro se movía casi imperceptiblemente. Vibró de alegría: era el principio de su hazaña.

No todas las veces obtenía resultados favorables pero alternando entre éxitos y frustraciones, poco a poco llegó a dominar la técnica de mover lo inmóvil. Gradualmente, laboriosamente, pudo lograr que las montañas del círculo térreo que contorneaban el paisaje se movieran dentro de su propia cavidad, apenas algo hacia arriba, algo hacia los lados, algo hacia

adelante o hacia atrás. Lo agitó una sensación de orgullo: era el único que podía hacer moverse a los montes!

Como acontece a todo dominador de la materia no se satisfizo con haber logrado esos movimientos de los montes dentro de su propia ubicación; quiso, además, poder transportarlos de un lugar a otro, ser el verdadero Señor de la Tierra y su deseo fué tan intenso que enfermó de ansiedad.

Recuperadas sus energías se sometió a mayores rigores físicos, inventó nuevas técnicas de concentración mental, se persuadió que las montañas eran sus hijas y debían someterse a sus paternales designios. Las miraba fijamente, fijamente, y sentía que ellas correspondían dócilmente a su llamado.

No era creyente, no daba crédito a poderes ocultos, magias ni hechicerías ancestrales; creí solamente en la capacidad fabuladora de la mente que puede deshacer y rehacer el mundo. Y así, solo, confiado en sus propias fuerzas y en su tenaz voluntad por un prodigio de comunión del espíritu con la naturaleza llegó el día en el cual su inteligencia alcanzó a mover una montaña trasladándola varios metros de su primitiva ubicación.

No, no era una fantasía. El movía realmente las montañas. Las transportaba de un lugar a otro. Hizo luego el experimento de acercarlas muy cerca de su lugar de observación y quedó aterrado por el descubrimiento: los altos cerros cerraban los horizontes, se transformaban en gigantes amenazadores, parecían querer encerrarlo en una prisión de colosos circundantes. Comprendió que no debía jugar con el poder de su mente que animaba la materia inanimada y desde entonces se concretó a mover montañas con cautela, ni muy lejos ni muy cerca, lo suficiente para verificar su dominio de lo inmóvil y su aptitud para dotarlo de movimiento y facultad de traslado.

El escalador sabía perfectamente que no debía confiar a nadie su descubrimiento. Disfrutaba solitario de su pasión de animador de las montañas, les hablaba, las entendía y hasta solía modificar transitoriamente sus perfiles y sus moles. Amaba su compañía, se solazaba en animarlas de movimiento, sentíase rey de la creación: mover y trasladar montañas era un prodigio, mas no demasiado cerca porque su presencia formidable anonada y puede sepultarnos.

Estupenda cosa: poder mover una masa inmensa de roca y tierra, acercarla, alejarla, desviarla a la izquierda o a la derecha, retornarla finalmente a su primitivo lugar. Cuando el escalador movía las montañas, esas presencias poderosas que minimizaban casas, árboles, hombres, y cosas sentíase un demiurgo creador y transformador de la materia. Jamás olvidaría las sensaciones de pánico y de asombro que lo asaltaron durante sus primeros experimentos, viendo acercarse una mole fantasmal que él mismo había animado dotándola de alma y voluntad porque claro si se movía aunque fuera a influjo de la animación que él le infundía, resultaba la existencia de un alma que capta y exprime voluntades.

Tan lejos fué el hombre en sus progresivas experiencias que hasta lograba aventar los montes a lejanías que escapaban al ojo, haciéndolas desaparecer momentáneamente. Luego con el mismo poder que las desvanecía las regresaba a su antigua condición.

¿Juego, imaginación o realidad? Para el trepador de montañas era una realidad tan clara como la luz del sol. El movía las enormes masas a voluntad, nada podía engañar a su vista perfectamente sana y a su lúcida inteligencia. Que los demás vieran o no vieran el fenómeno poco importaba: él domeñaba la materia inerte y basta.

Durante muchos años reinó omnipotente en ese territorio mágico donde materia y espíritu se unimisman fraternales.

No quiso transmitir a nadie su ciencia de mover montañas: lo tomarían por loco o no tendrían ánimo para someterse a las duras y prolongadas disciplinas que el caso requería.

Otra tarde el hombre tuvo la revelación mayor de su poder transfigurador del paisaje. Desde lo alto de su cerro favorito concentró cuerpo y mente en un esfuerzo poderoso y obtuvo que el monte distante, el más empinado y arisco, de vértices agudos, se aproximara a pocos centenares de metros: era formidable, daba miedo. Su masa imponente cubría el horizonte frontal, pero los flancos aun libres, el escalador ordenó que otros montes vecinos se movieran con lentos y ritmados movimientos como si iniciaran una danza extraña de cimas, filos y volúmenes terreros. Gozó lo indecible como un general que manejara sus ejércitos en maniobras militares. Los altos cerros le obedecían dócilmente, podía acercarlos y alejarlos a voluntad. A ratos lo asaltaba el temor de que una fuerza diabólica le permitía mover los montes que sólo mudan y se alteran en larguísimos períodos geológicos; pero luego desechaba la idea; no, no hay fuerzas divinas ni satánicas, sólo la supremacía de la mente humana que puede violentar y transformar la naturaleza. Y prosiguió el juego cósmico moviendo montes y cerros con el mando infalible de su energía cerebral para céntrica.

Mover montañas, parecía un mito y él lo convertía en flagrante realidad. Si supieran los minúsculos habitantes de la ciudad que él era el monarca del reino telúrico, su señor y dominador indiscutible.

La última vez que trepó las grandes alturas hizo acudir al nevado más lejano, cuya pirámide elevadísima lo conmovió hondamente. Le pareció que de su mole potente y majestuosa se desprendía una diosa inenarrable que musitaba acusadora: "déjanos en paz, ya nos perturbaste mucho tiempo."

Poco después el trepador de montes moría al despeñarse en una ascensión atrevida.

Los pocos que lo conocieron comentaban:

—Era un loco.

—No, mas bien un iluso.

—Se pasaba el tiempo escalando cerros y permanecía horas en sus cimas.

—Acaso como los santones de la India creía mover montañas con el solo poder de su mente.

Un "guru" del lejano oriente habría descifrado el enigma:

—Los hombres no pueden mover montañas, son las montañas las que mueven a los hombres. Todas esas alteraciones del paisaje, ese ir y venir de los montes, esos movimientos de masas colosales no ocurrían en el espacio físico, sino en el espacio mental del escalador, eran figuraciones cerebrales, revoluciones interiores, porque las montañas habían penetrado dentro del hombre, la habitaban. Y eran ellas las que movilizaban su pensamiento atribuyéndole la facultad de transportar lo inerte, cosa en verdad imposible porque para la fugacidad del existir humano la montaña es siempre una eternidad fija, inmutable, inamovible. Y es Maya, la fantasía, la que nos concede la facultad de manejar lo que nos maneja esa fuerza en reposo de la montaña que sacude y altera la mente de los hombres.

TRANSFORMACIÓN

Desde niño Antón Sermadek sentía impulsos raros. De pronto le parecía que su cuerpo iba a desprenderse del suelo; le parecía solamente porque nada acontecía. Otras veces viendo volar palomas se le antojaba que él podría acompañarlas en su vuelo. Se le antojaba solamente. Con frecuencia sucedía que escuchaba voces extrañas, murmullos mas bien, que musitaban palabras de un idioma desconocido. Y cuando contemplaba a sus compañeros de la escuela realizar alguna proeza atlética pensaba que él podría superarlos. Más lo intentaba. Piensa únicamente. El cielo lo atraía como un imán fuera azul y luminoso o gris y opaco, lo mismo en día radiante que en mañana

lluviosa. Aparte de las nubes albas o plumizas o de algún ave que se remontaba en el aire, no divisaba nada extraordinario pero un sentido oculto le decía que allí, en lo alto, y en la profundidad del espacio bullían muchas cosas, seres tal vez, que su limitación humana no le permitía aprehender. Invisibles, inasibles existían misteriosamente.

Pedro Lavedan, su camarada de juegos y aventuras, solía estimularlo afectuoso:

—Tienes condiciones físicas sobresalientes ¿por qué no te entrenas? Podrías ser campeón en carreras, saltos, natación o proezas atléticas.

Tímido, reconcentrado, Sermadek confiaba al compañero:

—¿Para qué sobresalir? No me interesa ser el mejor.

Lavedan insistía:

—Si la naturaleza te ha dotado de condiciones especiales no se explica que desdeñes sus dones. Podrías ser un campeón y ya sabes lo que los campeones ganan en nuestra era deportiva: fama y dinero.

Sermadek callaba moviendo negativamente la cabeza.

Ya en el colegio aumentó de peso y estatura pero era siempre delgado, de constitución nerviosa, sin que la apariencia exterior revelara la oculta energía y agilidad de su cuerpo.

Nadie olvidaría la sensacional pelea que tuvo con Ordiles, al matón del colegio a quien todos temían por su brutalidad y su extraordinaria fuerza física.

Porque involuntariamente lo empujara al pasar Ordiles desafió a Sermadek. Los colegiales se arremolinaron para esperar el encuentro. "Lo hará papilla — pensaban todos— condoliéndose anticipadamente por la suerte de Sermadek; solo Lavedan confiaba en que su amigo saldría indemne.

Al principio sólo se vió a un muchachón fornido que asestaba golpes... al aire, pues su magro contendiente con agilidad felina los esquivaba diestramente. Semejaba un paso de ballet: golpe va y quite viene. Ordiles pesado y fuerte bufaba de impaciencia, no podía encontrar el cuerpo de su rival, Sermadek, ágil y sereno, con asombrosa flexibilidad de movimientos, bailaba en torno a su adversario restándole energías en cada golpe frustrado que no llegaba a destino. Llevaba ya la original pelea varios minutos —uno acometiendo y el otro evitando los golpes, cuando Sermadek resbaló y su cuerpo involuntariamente se puso al alcance del puño demoledor de Ordiles; éste se aprestó a asestar el puñetazo que pondría fin al encuentro pero Sermadek, antes que el puño del adversario llegara a su cara se replegó velozmente, en un movimiento increíble, hacia el suelo y nuevamente el matón golpeó el aire cayendo en tierra por obra del impulso adquirido.

Ordiles se levantó hirviendo de cólera. Arremetió nuevamente contra Sermadek y éste reanudó sus ágiles esquivas; hasta ese momento ninguno de los contendores había tocado al otro. Los colegiales espectaban en suspenso el golpe final que pondría fuera de combate al menos fuerte de los contrincantes. Súbitamente Ordiles comenzó a sangrar de la nariz: ¡cómo, había sido golpeado! Nadie vió el golpe de Sermadek por la rapidez con que fuera asestado. Siguió el baile de doy y me escurro. De pronto el ojo izquierdo del matón apareció con un círculo morado. ¡Otro golpe de Sermadek! ¿Pero con qué velocidad éste movía sus puños? Tampoco esta segunda vez nadie vió el instante en que la zurda del colegial impactaba al hasta entonces vencedor. Continuó la lucha y a poco el otro ojo de Ordiles se cerraba dentro de un círculo morado. ¡No podía ser, el débil Sermadek derrotando al feroz Ordiles!

Ordiles había disparado un centenar de golpes que encontraron el vacío; Sermadek solamente tres y los tres tocaron a su adversario. A esta altura del encuentro las opiniones se

dividieron: la mitad creía en el triunfo del colegial, la otra mitad permaneció fiel al matón esperando que éste asestaría el golpe final. Mas no sucedió así. Siempre ágil y fresco como si recién entrara en liza Sermadek se acercaba al muchachón evitando sus temibles puños, no parecía cansado en tanto su contendor jadeaba de furia y de impaciencia. Reuniendo sus últimas energías Ordiles descargó un golpe formidable que pasó rozando la cabeza del colegial; éste se agachó una vez más esquivó el puño adversario y golpeó al matón en el estómago dejándolo fuera de combate.

¡Increíble —comentaban los colegiales — el tímido Sermadek había vencido al jactancioso Ordiles! otros se sorprendieron de la extrema agilidad para el quite del colegial y de sus golpes" que tienen la fuerza de una patada de mula."

Lavedan aprovechó la ocasión para tentar al amigo:

—Ya ves—, le dijo entusiasmado —podrías ser un campeón de box, ni Tunney frente a Dempsey lo habría hecho mejor.

Sermadek se limitó a encogerse de hombros:

—No sé boxear— repuso — sólo me limité a esquivar golpes.

Desde ese memorable encuentro nadie se atrevió a molestar al colegial que siguió reacio a las confidencias manteniendo amistad sólo con Pedro Lavedan. Callado, tímido, continuaba eludiendo toda ocasión para sobresalir ni en los estudios ni en las pruebas deportivas.

Solía trepar a las altas montañas y desde su cima se extasiaba no tanto en el panorama que se abría sus pies sino en la fascinación del vacío: ¡qué felices eran las aves que podían balancearse en ese suelo sin sostén del aire! Les envidiaba la facultad del vuelo, la rapidez de movimientos, ese ondular por el espacio aéreo sin que nada perturbara su curso. Más de una vez sintió el llamado del abismo, no con el miedo agorafóbico que arredra a los débiles, sino como la incitación familiar que susurraba: "arrójate, nada te pasará..." Claro estaba que nunca se echó al vacío, pero al descender del monte llevaba consigo la honda sensación de haber desatendido una invitación.

Sermadek pasó a la universidad: estudiaba ingeniería. Continuaba siendo el muchacho solitario, lacónico, poco dado a la amistad. Ya no contaba con Lavedan que siguiera otra profesión, sino con la muda adhesión de los hermanos Tovar que sin molestarlo con preguntas frecuentes, se limitaban a admirar sus raras actitudes.

Por ejemplo aquella tarde en que saliendo de las aulas cuatro audaces apostaron que subirían a la catedral en construcción, alta ya de sesenta metros, y asomando al pretil superior de espaldas al vacío sacarían los tacos fuera de la piedra y volverían la cabeza atrás para contemplar la terrible cavidad detrás suyo.

La apuesta era insensata pero los cuatro audaces la cumplieron en parte: todos subieron al inmenso muro frontal, se asomaron de espaldas al pretil de piedra y hasta llegaron a sacar los tacos hacia afuera, pero ninguno de ellos se animó a voltear la cabeza para mirar por encima del hombro al vacío vertiginoso detrás de sus espaldas. Los apostantes se disponían a recoger el dinero perdido en la temeraria apuesta cuando una voz se alzó tranquila:

—Yo lo haré, pero no quiero apuestas.

¿Era un loco, era un tonto? Exponer la vida sencillamente porque si, sin aspirar recompensa. ¡Bah, sólo al insensato de Sermadek podía ocurrírsele la hazaña.

Ante la estupefacción del grupo de universitarios Antón avanzó con paso firme hasta el pretil del alto murallón, se volvió de espaldas mirando hacia sus compañeros, lentamente sacó los tacos de sus zapatos hacia afuera y luego, volteando la cabeza, miró no una sino dos, tres veces, a

izquierda y a derecha, contemplando por encima del hombro el terrible espacio abierto debajo de sus talones. Todos quedaron en silencio interrumpido por un nervioso que gritó: "¡Basta ya, se va a matar."

Pero Antón Sermadek en perfecto equilibrio, sin la menor vacilación elevó los tacos sobre el pretil y volvió a reunirse con sus asombrados compañeros. El estudiante jamás reveló ni a los hermanos Tovar que al mirar hacia el vacío en la difícil posición del cuerpo no había sentido el vértigo del abismo, sino mas bien una tranquila sensación de seguridad como si estuviera contemplando de frente el espacio. En verdad, habíase sentido tan confiado como si hubiese realizado la difícil operación en pleno suelo.

También después de esa proeza el estudiante se negó a recibir homenajes ni proposiciones de nuevas hazañas. Fué un hecho cualquier que no valía la pena.

Los hermanos Tovar, curiosos, intentaron averiguar dónde vivía el introvertido y cómo era su familia mas no lo consiguieron. Trepaba cuesta arriba y se alejaba con tal rapidez que pronto lo perdieron de vista; probablemente habitaba en una de las numerosas casitas que bordeaban la cresta del cerro y como faltaba largo trecho para llegar a la cumbre abandonaron su seguimiento.

—Iba tan ligero que fué imposible seguirlo —manifestó el mayor.

—Un gamo no se alejaría con tal ligereza — agregó el menor.

Siguieron admirándolo pero no le arrancaban más de monosílabos. Sermadek continuaba siendo un enigma viviente.

Una noche del verano en la cual por el intenso calor yacía en su lecho sobre las cubiertas con sólo el pijama inferior, leyendo, Antón sintió que el libro se le escurría de las manos y que su cuerpo lentamente, lentamente poniéndose en posición horizontal levitaba; si, subía hacia el tumbado. Escasos centímetros antes de tocar el techo su cuerpo se inmovilizó en el aire. "Qué posición ridícula —pensó—y ¿qué hago aquí?" Su cuerpo no le obedecía, se movía independientemente por si mismo y estaba ahí sosteniéndose increíblemente en el vacío. Creyó estar soñando pero no soñaba: se había elevado o lo habían elevado en forma incomprensible. Transcurridos varios segundos que a él le parecieron largos y penosos minutos su cuerpo descendió con la misma suavidad hasta posarse en la cama. Ocultó celosamente el incidente.

¿Qué buscaba Antón Sermadek en la vida? Todos lo ignoraban pues jamás reveló sus ideas, sus aspiraciones, sus propósitos. Vivía como marginado de toda relación de intimidad aunque en el trato corriente se comportaba en manera normal y cortés guardando siempre las distancias.

Generalmente recorría en media hora la senda que lo llevaba desde el extremo norte de la ciudad hasta la cima del cerro. Nunca se cansaba del ascenso y descenso que a otros se les antojaban largos y tediosos. No existía camino para vehículos y los moradores del cerro eran gentes pobres o extrañas personas habituadas a la soledad que eludían el tráfico de la urbe. En la gran meseta montuosa no habían plazas, parques ni jardines, sólo innumerables casuchas dispersas desordenadamente en la superficie. En un ellas habitaba el estudiante solitario atendido por una mujer del pueblo que cocinaba, limpiaba la casa y le lavaba la ropa.

Una noche de luna cuando Sermadek se disponía a emprender la subida al cerro sintió que algo o alguien lo levantaba del suelo y así, en vilo, pasando encima de arbustos y pedrones lo transportaba hasta la cima en menos de dos minutos.

Quedó maravillado ligando el nuevo incidente a la levitación en su cama. Pero tampoco esta vez dijo nada. Habría sido inútil consultar a curas o médicos porque él no creía en religiosos ni en científicos. Lo único cierto resultaba que, cuando menos lo pensaba, una fuerza desconocida se apoderaba de su cuerpo, lo levantaba o lo transportaba sin que él pudiera hacer nada para

contrarrestarla; y esa fuerza era extraña a su voluntad, lo conducía dócilmente, sin causarle daño. Se propuso examinar cuidadosamente el caso en el próximo experimento de alzamiento involuntario. Transcurrieron varios meses sin que se produjera la tercera levitación.

Antón se tranquilizó: habían sido imaginaciones, alucinaciones de su mente. Los cuerpos están atados a la tierra y sólo pueden desprenderse de ella a no ser por medios mecánicos como el avión, nunca obrando por sí solos.

No molestaba a profesores ni a compañeros. No figuraba entre los primeros ni entre los últimos: era el estudiante normal con la sola rareza de su hermetismo habitual. Mas cuando se requería su ayuda siempre la prestaba y eso le granjeaba si no la simpatía al menos el respeto de todos.

El día de la excursión un grupo de universitarios y dos jóvenes catedráticos marcharon hacia la región del Infiernillo, un hacinamiento de cortes y desgarraduras térreos que atraía a los exploradores por el peligro y dificultades del recorrido.

Amarrados unos contra otros por sendas cuerdas para evitar caídas que podrían resultar fatales, la comitiva avanzaba con precaución por entre los filos y grietas del paraje que aparecían cada vez más peligrosos y agresivos. Bordeaban ya la grieta mayor, ancha y profundísima que —decía la leyenda— se había tragado a varios audaces. Se detuvieron para un descanso. La grieta era inmensa y el sol tan vivo que daba la sensación de llegar a su fondo, pero en realidad ahí, muy abajo, se hacía la oscuridad.

Sin poder esconder un estremecimiento de terror algunos se alegraron de estar amarrados a los otros, bien acompañados no había peligro. Cuando se alejaban ya de su perímetro escucharon una voz que pedía auxilio brotando del interior de la sima. Se miraron estupefactos: ¿cómo pudo un ser humano caer en la cavidad profundísima que tendría varios centenares de metros de profundidad sin matarse? Nadie se atrevía al descenso que se presentaba difícilísimo por lo corto de las cuerdas y lo erizado de las paredes que se perdían hacia su fondo. Todos se miraban sin decidirse al salvamento.

De pronto resonó la voz de Antón:

—Yo bajaré.

Su gesto suscitó admiración.

Sermadek se deslizó con precaución descendiendo por las paredes de la grieta bien sujeto a la cuerda que lo mantenía unido a sus compañeros. Pasaron unos minutos angustiosos al cabo de los cuales su voz resonó con fuerza:

—Es un niño, está muy lejos de haber caído al fondo. Se halla en un repecho de la grieta. La cuerda no resistirla el peso de ambos. Subirán primero al niño y yo esperaré que me devuelvan la cuerda para subir.

Izaron al niño que todavía presa de pánico apenas pudo balbucir:

—No sé cómo me caí sin hacerme daño. Allí está oscuro y el señor que me salvó está en peligro: ¡sálvenlo!

El grupo quedó pasmado de la sangre fría de Sermadek. Cuando éste recibió la cuerda, a unos ochenta metros de la superficie, comenzó lentísimo el ascenso. Apenas habría recorrido algunos metros de la escarpada pared rocosa, Antón sintió que la fuerza desconocida lo impulsaba en vilo y así pudo recorrer en menor tiempo que el empleado por el niño el ascenso hasta la superficie. Sus compañeros no salían del asombro: había trepado con mayor ligereza que un gato o una lagartija, y el ascenso resultó mucho más veloz y fácil que la bajada.

Sermadek no dijo una palabra de la fuerza secreta que lo había ayudado.

El catedrático de geología se limitó a proferir:

—Es fenomenal. No me explico cómo lo hizo.

El estudiante solitario volvió a su vida habitual pero esta vez visitó a un psiquiatra. Le hicieron varios exámenes, le tomaron dos encefalogramas, auscultaron otros órganos vitales y al final el diagnóstico de varios especialistas fué unánime: física y mentalmente se trata de un sujeto perfectamente normal que cree recibir ayudas que provienen de su propio organismo. ¿Cómo hacerles comprender que levitaciones, energía desmedida, y esos trances que a manera de descargas eléctricas colocaban su cuerpo por encima del nivel normal eran hechos reales? Ni el paciente ni los facultativos quedaron satisfechos. "Es un monomaniaco" —sentenció el psiquiatra, perfectamente normal en todo menos en su extraña manía de creer que lo mueve una fuerza exterior."

Antón tuvo otras experiencias de levitación y fuerza extraordinaria que aumentaron su confusión, como aquella ocasión en la cual cayendo un niño de un sexto piso pudo cogerlo al vuelo al pasar por su ventana, y no habla sido azar ni presteza suya, estaba segurísimo, sino la energía que lo visitaba y que parecía romper las leyes de tiempo y velocidad.

Los hermanos Tovar seguían admirando silenciosamente.

Durante un torneo de aficionados al atletismo un jovencito escuálido pero buen corredor, era el favorito para ganar la carrera de 100 metros; no obstante perdió por un décimo de segundo, su contendor lo venció debido a sus largas piernas. El perdedor pidió el desquite; volvió a perder por mínima diferencia. Fué entonces que intervino Antón Sermadek:

—Yo correré por Laguna —dijo — y apuesto mi reloj contra el suyo.

El doble vencedor sonrió despectivo y comenzó la tercera carrera que definiría al ganador. Sermadek recorrió en ocho segundos la distancia que el record mundial no baja de 9 segundos y fracción. ¿Cómo habla sido posible? No era posible homologar la hazaña porque no hubieron representantes oficiales de las entidades atléticas, pero varios cronómetros de los aficionados verificaron la proeza: 100 metros recorridos en ocho segundos clavados. Parecía tener alas en los pies —comentó un espectador.

La fama del universitario acreció pero éste seguía rehuendo entrevistas y homenajes: era sólo un estudiante que por casualidad a veces realizaba hechos físicos fuera de lo común.

El día de la graduación mientras todos reunidos con sus familiares festejaban el acontecimiento, el solitario se fué al cerro favorito desde el cual gustaba admirar el paisaje y el vacío. Estaba solo como de costumbre, nadie podía importunarlo en sus pensamientos ni en sus actos. Era el dueño de su destino.

Antón miró con delicia el vacío pensando lo magnífico que seria ser un ave y poder moverse en el aire. Sí, sería delicioso poder sumergirse en el océano aéreo y volar, volar sin tregua, señoreando el espacio, admirado por todos los seres de la creación, señor absoluto de la tierra y de los aires. Presintió que si se arrojaba al vacío no caería: la fuerza extraña lo sostendría. Se miró las manos, sus dedos se convertían en garras aceradas, sintió dolor en los hombros y de ellos brotaron dos alas soberbias, su cuerpo cambiaba músculos y nervios por largos plumajes, quiso hablar mas su boca trocada en pico no emitió palabra sino un ronco graznido. Entonces Antón Sermadek, valeroso, confiado, seguro de si mismo se arrojó sin vacilar al vacío. El mismo instante un águila soberbia con las alas desplegadas se remontaba hacia el lejano horizonte.

LA DAMA DEL GUANTE VERDE

¿Decir estudiantes no es decir persecutores de aventuras amorosas? Todos las tenían y las contaban aumentando primorosos detalles al relato de sus proezas mitad reales mitad imaginarias. Cada cual tenía su estilo para conquistar corazones femeninos. Roberto Jarvis empleaba la técnica del desdén; Julián Dervieux prefería acariciarlas largamente con la mirada y después les daba el trato de un gentil caballero del siglo XVIII; Federico Rimarte empleaba la musiquita de las palabras bellas, pocas resistían sus imágenes deslumbrantes; sólo Simoncito Ferales no tenía nada que contar porque nada le sucedía en relación al bello sexo. No porque fuera el menor de los cuatro amigos sino más bien por su timidez, su carácter retraído, su poca imaginación para urdir las aventuras que sus amigos inventaban o recordaban con extrema facilidad.

Pero justamente por ser el menos afortunado de los cuatro presuntos donjuanes, Simoncito Ferales era el mejor de los oyentes, parecía beber las palabras del narrador cuando éste contaba su última conquista. “Seguramente, nos envidia —pensaba Roberto Jarvis— porque él es incapaz de hazañas semejantes. Y Dervieux y Rimarte lo querían con un sentimiento protector: ya despertaría al hechizo femenino.

Los sábados por la noche los cuatro amigos solían reunirse para cenar y de sobremesa hablar de política y de mujeres. Jarvis era el más jactancioso, no se contentaba con narrar una empresa amorosa, sus víctimas siempre resultaban dos o tres. Cierta noche batió el record donjuanesco contando cómo había enamorado y logrado a una bella dama y a sus dos hijas. Con menos presunción mas con la misma habilidad Rimarte y Dervieux narraban sus encuentros amorosos. Felices, todos tres, al rememorar sus proezas contra los castillos femeninos. Simoncito no tenía nada que contar, se limitaba a escuchar, embelesado con las victorias de sus amigos.

Jarvis le espetó con torpeza:

—Ya no eres un niño, sino un hombre como nosotros. ¿No te gustan las mujeres?

—Simoncito se ruborizó antes de responder:

—Me gustan, si...pero una mujer, no todas...

Rimarte lo defendió:

—Sueña con su dama ideal, déjenlo tranquilo.

Dervieux, a su vez, fingiéndose malicioso:

—A lo mejor tiene un amor misterioso que no se puede revelar.

Mientras Dervieux iniciaba el relato de su última conquista caballeresca, en tanto a Jarvis le brillaban los ojos porque ya urdía una historia que superase a la de su amigo, Ferales se decía: Cómo hacer confidencia de lo que le pasaba? Se reirían de él. Le disgustaba las aventuras triviales con toda clase de mujeres, chiquillas y damas; no, él no caería en la vulgaridad de saltar de una conquista a otra. Se enamoraría si encontraba una mujer altiva, hermosa, distinguida, henchida de misterio, no una jovencita sino una mujer por los treinta años que por su apariencia física y por su fina inteligencia podría intuir el amor escondido de Simoncito. Claro que esa belleza existía pero aun no había tropezado con ella. La imaginaba de un encanto indecible, tendría la sonrisa insinuante, sus ojos despedirían un mirar profundo que llega al corazón. Y además sería poco menos que inaccesible, muy difícil de conquistar porque ese era para Simoncito el verdadero amor, el imposible o el difícilísimo de lograr. Eran interesantes los relatos de sus amigos, siempre se aprendía algo de ellos pero Ferales estimaba que más valía su amor irreal por ahora, su espera del hallazgo maravilloso. Entonces él podría contar una historia verdadera que superaría las de sus

amigos por las muchas dificultades que tendría que vencer para ganar el amor de esa mujer superior, un hada de sus sueños...

Iban ya por el segundo turno de cognac cuando Rimarte dijo sobresaltado:

—¡Fíjense quien entra; esta si es una beldad!

Una dama joven acompañada por un hombre de edad que podría ser su padre, su marido o su amante tomó asiento en la mesa de enfrente. Vestía de negro que hacía resaltar su belleza rubia, un cintillo de brillantes ceñía el cuello armonioso, y tenía puesto un guante verde la diestra. Permanecía erguida, sus ademanes eran delicados. De vez en cuando volteaba ligeramente la cabeza para hablar a su acompañante. El hombre parecía absorto en la mujer y ésta demostraba absoluta indiferencia por los concurrentes, ni siquiera miró a la mesa de los cuatro amigos.

—¡Demonios! Esta mujer si que vale una conquista —barbotó Jarvis entusiasmado.

Dervieux y Rimarte compartieron su júbilo: era realmente una hembra hermosísima. Ferales callado pensaba: qué brutos, calificar de hembra a una dama tan distinguida.

Los tres conquistadores se valían de todas sus tretas para llamar la atención de la mujer sin que ella les prestara atención. Pasaron varios minutos en cuales los tres se deshacían en elogios de la beldad. Simoncito seguía callado admirando en silencio a la desconocida.

Al comprobar que la dama no se fijaba en ellos los cuatro amigos reanudaron la charla habitual: política, mujeres, amoríos. Sólo, Simoncito seguía fascinado contemplando a la bella. Y a fe que la encontraba a cada instante más linda y seductora. Una desconocida, desdeñosa y además bien custodiada, una mujer imposible: ¡qué maravilla!

¿Por qué no se sacaba el guante verde la dama ni para cenar? Simoncito seguía con avidez sus movimientos sin dejar por ello de atender a sus amigos para que no advirtiesen su interés en la desconocida. De pronto ella alzó la vista y la fijó en Simoncito: sus ojos azules aparecían velados por un fino velo de melancolía. Luego su vista cambió de dirección y a poco volvió a fijarse en él: Simoncito se sobresaltó. Otra huída de su mirada y por tercera vez la mirada de la beldad se fijaba en el joven. Finalmente Jarvis reaccionaba burlón:

—¡Fíjense, parece que le interesa nuestro amigo!

Efectivamente, la mirada de la mujer se detenía claramente en la faz de Ferales.

—La has conquistado sin hacer nada de tu parte —arguyó Dervieux.

Simoncito callaba, confuso, desconcertado. ¿Lo miraba realmente a él? Era imposible equivocarse porque la dama volteó la cabeza varias veces hacia su acompañante y después tornaba a fijar la mirada en Ferales.

Los amigos ya no se burlaban. La cosa era increíble pero sucedía: Simoncito, el tímido, el retraído, había ganado la atención de la hermosa desconocida. ¿O sería un amor fulminante, qué podría atraerla en el menos llamativo de los cuatro amigos?

La velada prosiguió sin mayores incidentes. Mientras sus tres amigos se enzarzaban en polémicas políticas Simoncito siguió cambiando miradas con la beldad. Verdad que en ellas no había ternura, ni fuego expresivo, pero Simoncito pensó que su misma distinción la mostraba recatada. Y luego, como un rayo, lo atravesó el pensamiento esclarecedor: ¡era Ella, si, era Ella, la dama ideal soñada y esperada...!

Vacilando todavía, por el hallazgo el joven quiso cerciorarse de su buena suerte. Si, la dama no parecía prestar mucha atención a su acompañante, seguramente le importaba poco; en

cambio dos, tres cuatro veces volvió a levantar la vista hacia Ferales al cual contemplaba fijamente. Simoncito hervía interiormente de júbilo. Lo amaba sin conocerlo, era la Desconocida Ideal largamente soñada. Así, ignorada, custodiada por el caballero, altiva y desdeñosa resultaba aun más digna de ser adorada. Conquistarla equivaldría a vencer el imposible de todo amor inaccesible. Le consagraría sus pensamientos, averiguaría quien era, la amaría de lejos y en silencio, sería la Única soñada hondamente tan superior a las fútiles conquistas de sus amigos.

Jarvis, picado, interrumpió su soliloquio:

—Te ha hipnotizado. Pareces embobado. Te mira como podría mirar una pared.

Dervieux lo defendió:

—No es cierto; yo también he reparado que lo mira con insistencia. Son tan raras las mujeres... Ferales es el menor atractivo físicamente de nosotros cuatro; por eso lo ha escogido.

Rimarte pensaba “si pudiera escuchar la música de mis palabras, yo la rendiría.”

Pero lo cierto era que la beldad cuando miraba hacia la mesa de los cuatro amigos sólo fijaba la vista en el rostro trémulo de Simoncito Ferales.

Los otros tres se mofaban de la silenciosa comunicación.

—Es tu primera conquista —añadió Dervieux: Llévela adelante.

Cansados de hostigarlo los amigos reanudaron su charla que oscilaba del tema erótico a la crítica política. Simoncito esperaba ávidamente nuevos encuentros visuales con la dama que se repetían de cuando en cuando. Sí: no podía equivocarse, más de diez veces los ojos azules lo contemplaron con insistencia. La desconocida era bellísima. Sólo una vez sonrió fugazmente y su sonrisa abrió las puertas a un reino ignorado. ¡Cómo sería de dulce su voz! Hablaba poco con el caballero que la acompañaba. Carecía del nerviosismo femenino, surgía como una presencia misteriosa llena de majestad. Todo era armonioso en ella desde la vestidura impecable hasta la majestad de sus ademanes. No, no era una mujer como aquellas de las fáciles victorias de sus amigas; era una diosa, próxima a la vista, distante de conocer: mejor, así en respetuosa observación la amaría más cuanto menos accesible.

Se le cayó un pañuelo a la dama, el caballero se inclinó para recogerlo y la cara armoniosa se fijó nuevamente con intensidad en él. Ahora ya no podía equivocarse: la mujer quería ser suya, era en realidad ya suya, le pertenecía, los ojos azules a pesar de su recato en realidad hablaban de un amor discreto, íntimo, que gustaba pasar inadvertido.

El resto de la velada Simoncito lo pasó en la gloria. No prestaba atención a las pullas de sus amigos embebido en la contemplación de la desconocida que correspondía claramente a sus miradas. Había soñado con el ideal y lo tenía frente a él. Lo invadió un sentimiento de orgullo: elegido del destino.

La dama daba la sensación de estar abstraída en sus pensamientos. Cuando el caballero le hablaba volvía la cabeza con esa gracia contenida fruto de una refinada aristocracia; sí: era en verdad una aristócrata. ¿Una condesa tal vez, una noble desterrada? Ferales no había visto jamás una mujer igual, bellísima, altiva, enigmática porque los rasgos de la hermosa cara escondían más de un misterio. No parecía muy interesada en su acompañante. Más cuando miraba hacia la mesa de los cuatro amigos su mirada buscaba la de Simoncito.

—No se puede negar que la has interesado —adujo Rimarte.

Jarvis y Dervieux, despechados, procuraban desentenderse de la bella que solo reparaba en Ferales.

La pareja se levantó disponiéndose a abandonar la sala. El hombre, solícito, la tomó del brazo. Debían pasar frente a la mesa de los cuatro amigos; pero antes de alejarse de la suya todavía la dama echó una última mirada que a Simoncito se le antojó equivalía a un secreto adiós, pues se posó intensamente en su faz y hasta creyó que insinuaba una discreta sonrisa.

Al aproximarse a la mesa de los amigos caminando lentamente apoyada en el brazo del caballero la Dama del Guante Verde irradiaba elegancia y simpatía. "Es una diosa griega —pensaba Simoncito— la seguiré, sabré quien es, ganaré su amor o la adoraré en silencio." El combate de las miradas terminaba netamente en su favor.

Los cuatro se aprestaron a contemplarla detenidamente el instante que pasaría junto a ellos. Jarvis y Dervieux nerviosos, Rimarte atento como queriendo descifrar el enigma viviente de esa noche, Simoncito trémulo de dicha: su primer amor había sido tan claro, tan evidente, el lenguaje visual lo había todo, se amaban. Tenía apabullados a sus tres amigos; ¿qué valían sus efímeras y vulgares conquistas junto al hallazgo de una reina que nos busca y nos acaricia con la mirada?

La desconocida pasó junto a los amigos erguida, majestuosa, indiferente.

Terminaba ya de pasar junto a ellos cuando inesperadamente tropezó con la pata de la mesa e hizo caer dos copas. Se repuso prestamente mientras el hombre que la acompañaba profería:

—Discúlpenla: ha perdido la vista.

Así nació y murió el primer amor de Simoncito Ferales. Y nunca más volvieron a ver a la Dama del Guante Verde.

ESA MIRADA

Fuerte, rudo, insensible al dolor humano, cruel por naturaleza el capitán tenía fama de verdugo. Le daba lo mismo llenar de injurias al detenido, someterlo a torturas físicas, o enloquecerlo con suplicios morales deleitándose en pintarle horrores para sí y sus familiares. ¡Guay de quien cayera en sus garras! Jamás olvidaría el mirar asesino, la luz rabiosa que encendía sus ojos zarcos. "No tiene conciencia" —decían sus subordinados. Y precisamente por su ferocidad era predilecto del gobierno que le confiaba sus más avérrimos enemigos: salían blandos, humillados, empavorecidos de sus manos.

Lo utilizaban por lo general en "misiones especiales": hacer desaparecer a un elemento peligroso, castigar a todo un grupo social, frustrar subversiones, promover discordias comprando conciencias venales, descubrir casos que parecían imposibles de solución y sobre todo cobrar venganzas "silenciosas" sobre determinadas personas.

Más temido que respetado el Capitán no se casaba con nadie: sin familia, sin amigos, sin confidentes actuaba como un lobo solitario —así lo calificó un periodista— presto a morder y derramar sangre por el más fútil motivo. ¿Quién sabe lo que pasaría en el alma del Capitán, y tendría alma el Capitán? Poseía un instinto seguro para adivinar los atentados: en cinco ocasiones él solo había descubierto anticipándose a sus presuntos victimadores. Cobró fama de brujo.

Por extraño que parezca se trataba de un hombre insobornable, no lo atraían el poder, el dinero, las mujeres. Se gozaba únicamente en ejercer sus funciones represivas con ensañamiento. Era, simplemente, el Capitán; todos temblaban al oírlo nombrar. Con asombrosa capacidad de movimiento estaba en todo, nada se le escapaba, se mofaba de las críticas abiertas y de las alusiones veladas de la prensa. Su reinado de terror no conocía límites pues tenía mano libre para perseguir y castigar. Despiadado, implacable caía como el halcón sobre su presa y ya no la soltaba.

Un día el hermano del Presidente dijo a éste:

—Debes deshacerte del Capitán. Es un desalmado, hace aparecer al régimen como un conjunto de malvados.

—¡Jamás! —replicó con dureza el Mandatario. Es el sostén de mi gobierno. Sin él nos caeríamos rápidamente.

Odiado por muchos, temido por todos, el hombre daba la sensación de cultivar su repulsiva personalidad de sanguinario e inhumano. “Maldad”, ¿qué es maldad? Yo sólo cumplo mi deber de castigar a los enemigos del régimen. “Y el bárbaro practicaba su oficio siempre brutal en sus métodos represivos.

Nunca el remordimiento turbó su sueño, su mente inmune al repaso de conciencia olvidaba rápidamente los sucesos por cruentos que hubieran sido. Le habían sido concedidos la autoridad y la fuerza y la ejercía con implacable sadismo. Se diría que gozaba viendo sufrir a los demás. Maestro de estrategia conocía el arte de vencer con pocos a muchos y sus más próximos se formaban en esa escuela de brutalidad.

Llenar de zozobra al adversario era su divisa, torturarlo anímicamente y después someterlo a castigos físicos. La plebe lo calificaba de tigre, perverso, hijo del diablo y de una de sus víctimas brotó el calificativo final: el vampiro que se alimenta de sangre y dolor humarlos.

Recordando sus fechorías la gente se llenaba de espanto. Asustaba a niños y a grandes. Su reinado de terror no conocía límites.

Al Capitán fuéle confiado descubrir a los instigadores del alzamiento de un pueblo de indios que habiendo desconocido al Gobierno eligieron entre los suyos su propia autoridad. Tenía instrucciones de proceder con máxima severidad para que no cundiera el mal ejemplo en otras comunidades rurales.

Llegó con 25 hombres armados todos de metralletas. Hizo formar al pueblo que no pasaba de cuatrocientas personas. Los arengó anunciándoles terribles castigos si no señalaban a los culpables. Los habitantes del lugar sumisos pero dignos callaban. Entonces el Capitán se dirigió al más viejo —la autoridad campesina había desaparecido y lo increpó rudamente conminándolo a decir la verdad so pena de fusilamiento.

—Señor: nada sé, yo no estaba en el pueblo cuando sucedió el alzamiento —dijo el viejo sin mostrar debilidad.

La serenidad del indio enfureció al Capitán:

—¡Mientes bellaco! —repuso. Si no me das los nombres de los culpables te azotaré y luego serás fusilado.

—El Amauta nunca miente. No los conozco.

Un indio joven intercedió por el viejo:

—No lo castigues, señor, es nuestro Padre, siempre nos ha enseñado a respetar las leyes y la autoridad.

Un latigazo del Capitán abrió un surco de sangre en la cara del indio joven.

Después de media hora de vanos interrogatorios el desalmado ordenó el fusilamiento de cuatro hombres elegidos al azar. Fueron arrastrados al pie de un muro y victimados fríamente. Se

alzaron voces de protesta. Un grupo de indios, hombres y mujeres armados de hondas, palos y pico avanzó amenazador hacia los uniformados. Entonces estalló la rabia vesánica del Capitán:

—¡Maten a estos perros! —ordenó y dando ejemplo con sendos tiros de su revólver derribó a tres hombres y dos mujeres. Los soldados de su escolta a su vez disparaban ciegamente. Cayeron muchos muertos unos, otros heridos. Vencidos por el fuego los campesinos comenzaron a dispersarse; sólo quedó un niño como de diez años que contemplaba absorto la matanza. Su mirada perpleja no atinaba a comprender lo que ocurría.

El Capitán se aproximó al niño:

—Tu no tienes miedo —lo increpó, tienes pasta de subversivo y de un tiro certero mató. Pero el niño, antes de caer clavó su mirada llena de estupor en el victimario.

Corrió mucha sangre, hubieron decenas de víctimas porque los soldados instigados por la crueldad de su jefe no repararon en imitar su ejemplo. Al retirarse los uniformados el poblado quedó sumido en sangre, dolor y lamentos.

El comunicado oficial fué conciso y falseaba la verdad. Un grupo de indios fuertemente armados —decía — atacó al Capitán y su escolta los cuales para salvar sus vidas se vieron obligados a disparar.

El verdugo como era habitual en él no sintió el menor remordimiento por lo sucedido; eran rebeldes y merecían el castigo. Pero esa noche, antes de conciliar el sueño lo asaltó la imagen del indiecito: ¿qué querían decir esos ojos asombrados, agrandados por el miedo? ¡Bah! Poco importaba, el niño había muerto sin darse cuenta de lo que ocurría.

Pasaron varios días. El Capitán ya había olvidado la matanza del pueblecito. Mas cierta noche sonó que se le aparecía el indiecito y lo miraba absorto, con sus grandes ojos fijos. No hizo caso y volvió a olvidar el suceso.

Curioso lo que le sucedía: de tiempo en tiempo, despierto o soñando reaparecía la cara del muchachito y lo miraba lleno de estupor como si fuese a hablar.

El hombre resolvió acudir a toda su fuerza de carácter: borraría de su mente la imagen de la carita asustada que lo miraba fijamente: no más recuerdos absurdos.

Transcurrieron algunas semanas sin que lo inquietara la imagen del indiecito. El Capitán siguió su vida de maldades y crueldades. Era invencible.

Una mañana, en pleno día, mientras dictaba un parte falseando la verdad de otra represión sangrienta, reapareció la carita del muchacho campesino: estaba allí, al alcance de su mano y los grandes ojos absortos lo contemplaban fijamente. "Es el buen vino te Mizque —se dijo —estoy viendo visiones."

Las visiones se repetían con mayor frecuencia, tanto en sueños como despierto. Cosa extraña: ¿cómo centenares de sus víctimas jamás lo acosaron y ahora esta carita da niño tendía a obsesionarlo? "Es absurdo —pensó— me estoy sugestionando; además el indiecito nada me dice, nada me reprocha, está bien muerto."

Pero el rostro de ojos asombrados lo perseguía, lo perseguía, como si su imagen se hubiera incrustado en su cerebro.

Otra noche bebiendo su café bien cargado y fumando un habano fragancioso, el niño indio reapareció nítido, inmóvil. Sus ojos estupefactos lo miraban hondamente, hondamente como queriendo atravesarlo con su mirar turbado, azorado, en cierta manera interrogativo. ¿Qué quería decir?

¡El maldito niño indio! ¿Por qué lo perseguía, porqué lo asediaba? Su mirada hería, acusaba, revolvía fibras desconocidas en su alma. ¿Por qué? Entre tanta sangre derramada ¿por qué solo la del muchachito campesino se filtraba en su ánimo? Bien es cierto que no lo veía muerto, sangrando, ni quejándose; sólo la visión de la carita pasmada, los grandes ojos interrogativos, sí, porque al fin comprendió que los ojos del indiecito preguntaban algo, o querían preguntar.

El capitán fue perdiendo la seguridad en sí mismo, se tornó más adusto, más reconcentrado, amenguaron las explosiones de furor y sobrevivieron los instantes de meditación. Finalmente resolvió encarar el enigma sin vacilaciones: preguntaría a los ojos de indiecito qué buscaban, qué quería decir; ¿no dicen que los ojos son el lenguaje del alma? Pues hablaran y él sabrá responderla.

El descifrador de tantos enigmas políticos y sociales tenía que descubrir el misterio de esa mirada absorta que lo perseguía sin descanso.

Fué así cómo en la medianoche, a la luz de una vela, el Capitán invocó a la carita del niño y se hizo presente siempre con los grandes ojos asombrados: miraba solamente, pero tan hondo, tan hondo, que traspasaba el alma.

—¿Qué quieres, por qué me persigues? —preguntó el Capitán con voz trémula.

Y la mirada absorta transmigrando a la mente del Capitán respondió con otra pregunta:

—¿Por qué me mataste? Yo también tenía derecho a la vida.

Al día siguiente hallaron al Capitán con un tiro en la sien derecha. Tenía los ojos absortos, abiertas, muy abiertos que miraban fijamente como queriendo hablar.

EL OTRO

Matemático en todos sus actos el industrial tomaba el ascensor a las siete de la mañana; media hora después entraba a su oficina. Pero había otro madrugador que invariablemente subía al mismo ascensor en idéntica hora: un chinito de ojos oblicuos y sonrisa humilde que a penas saludaba con una leve inclinación de cabeza, luego bajaba la mirada y no volvía a levantar la hasta llegar a la planta baja.

El industrial despreciaba al chinito, no lo juzgaba digno de conversación, más aún, lo detestaba. Ese intruso que lo acompañaba diariamente sin habérselo solicitado lo irritaba, siempre encogido, silencioso, como pidiendo disculpa por su presencia. ¿Qué pensaría el chinito del industrial? No lo sabemos. El caso era que todas las mañanas —coincidencia o premeditación — ambos se encontraban — solos en el ascensor porque no existían otros madrugadores en el multifamiliar.

El antipático personaje —y cuanto más lo miraba lo hallaba más antipático —vestía un modesto traje gris con una invariable corbata roja. Nada resultaba digno de atención en su apariencia: los zapatos usados, el pantalón sin planchar, la mirada obstinadamente clavada en el suelo. Inútil dialogar con tan ordinaria persona; y además ¿qué podrían hablar el rico industrial y el. Pobre chinito? Seguramente era un mediocre empleado pasivo, ignorantón. Así transcurrieron varias semanas del encuentro ascensorístico que ninguno de ambos pronunciara palabra.

El industrial empleaba los minutos que el viejo y lento vehículo empleaba en transportarlos a tierra, para evocar sus principales actividades cotidianas, como si no existiera su compañero al cual después de arrojar una mirada despectiva procuraba borrar de su mente: ¡vaya si era insignificante el sujeto!

Esa mañana al iniciar el descenso el industrial se sintió incómodo, tuvo la sensación de entrar al artefacto totalmente ocupado —estaba en realidad vacío — pero él se movía difícilmente como si estuviera apretado entre muchas personas. Dos pisos más abajo entró el chinito, hizo la venia de saludo acostumbrada mas no bajó la mirada como si observara muchas cosas. ¿Sentiría él la misma sensación de hallarse apretado entre varios?

De pronto entre el piso y otro el ascensor se detuvo bruscamente, a poco reanudaba su marcha ¡pero esta vez subía en lugar de descender! ¿Qué pasaba? El industrial ahogó una interjección de rabia; el chinito parecía preguntarse con mirada muda qué sucedía. Un ruido extraño de hierros y cobres sonoros se filtraba de los muros del vehículo. El industrial se alarmó mas no quiso descubrir sus temores al chinito. El ascensor bajó tres pisos vertiginosamente, en forma inusual y se detuvo con un golpe seco. Los dos pasajeros se bambolearon asustados. El piso ondulaba y el techo parecía aproximarse peligrosamente. ¿Estaba desvariando? No era el único porque la cara del chinito también demostraba asombro y miedo. Se contemplaron en muda interrogación ansiosos, perplejos. La cosa no paró allí. Aun soportaron sacudidas violentas, reflejos de raras luces que brotaban de los costados, risas y llantos inesperados sin bocas que los profirieran. El ascensor volvió a subir y a bajar unas veces veloz, otras lento. Se detenía con un fragor de frenos viejos y luego reanudaba su camino vertical sin tocar tierra ni tampoco el piso superior. Estaba jugando con sus víctimas ¿pero por qué? Los dos ocupantes sufrían las bruscas transiciones del transbordador que tan pronto les daba la sensación de estar en un recinto estrechísimo, apretado de gentes, como sugería el vacío en su redor, llenándolos de espanto.

Fuese el pánico, la costumbre de no hablarse, la timidez del chinito o el orgullo del industrial, lo cierto es que no atinaban a comunicare sus impresiones. Sucedió todo tan rápido, tan incisivo, tan cambiante que los dos pasajeros pasaban de una sensación a otra mirándose estupefactos: el pánico apagaba sus voces. El ascensor emitió un quejido desolador, luego un alarido jubiloso. Se movía lateralmente como saliéndose de sus rieles. Hasta les pareció que giraba sobre si mismo. Finalmente después de distintos fenómenos incomprensibles se detuvo en la planta baja y los expulsó al exterior.

Los dos pasajeros se contemplaron asombrados. Despojados de toda soberbia, el industrial atinó a preguntar:

—¿Qué ha sido ...estamos locos...?

El chinito con una sonrisa misteriosa se limitó a responder:

— Éramos tres, y el otro el más fuerte.

EN EL MICRO

Sucedan cosas inesperadas en el micro; las hay que causan sorpresa, risa, compasión, enojo, simpatía, o simplemente diversión. Los incidentes son tan variados cuanto lo son la fauna humana y sus reacciones personales.

Esa mañana tomé el vehículo de las doce para regresar a casa. Como de costumbre el micro se iba llenando conforme avanzaba en su recorrido. Tuve que ceder mi asiento a una señora anciana y me cogí del barrote transversal para seguir el trayecto de pie. A poco ingresó una dama joven, atrayente, y quedó también parada junto a mí. Me extrañó que el caballero sentado, a su lado, no le cediera asiento; era un caballero de edad avanzada y probablemente padecería alguna dolencia que no le permitía estar mucho rato de pie, porque los varones en mi tierra, son muy galantes y suelen ceder asientos a las damas.

Yo estaba, parado, entre la joven señora y un hombre fornido que bufaba cada vez que un vaivén del vehículo o la entrada o salida de pasajeros nos apretaba a unos contra otros. Mirando de frente o al sesgo me gustaba observar cómo actuaban las personas. Y a fe que era entretenido ver las opuestas actitudes de los pasajeros del micro apretujados mientras el conductor repetía sin cansarse:

—Un poco más adentro, por favor; hay campo allí. Y la gente seguía entrando con la protesta de los apabullados que a penas podían moverse.

La señora joven, linda y nerviosa, no podía disimular su impaciencia. Veíasela molesta por los empujones de otras personas pero también agarrada como yo de barrote transversal carecía de libertad de movimientos. ¡Vaya si es incómodo el micro de las doce sobrecargado de pasajeros!

El señor de edad avanzada con la mirada fija hacia adelante parecía sumido en honda reflexión. Una señora opulenta, más allá, vociferaba contra el exceso de gente. Dos hombres hablaban de política y todo lo hallaban mal. Un niño protestó: “me están aplastando; su madre comenzó a reñir con el involuntario atropellado.

—¿Y qué puedo hacer yo? A mí también me empujan.

Para que pudiera salir una pareja de gordos se produjo un apiñamiento fastidioso: todos los de a pie fuimos impelidos unos contra otros. Pedí disculpas a la señora joven contra la cual fui estrechado después de haber sentido la cálida presión de su hermoso cuerpo. Ella ni se dignó mirarme.

Yo estaba entretenido con los diversos incidentes que se producían en el interior del vehículo. A un hombre le volaron el sombrero que fué a parar en el regazo de una mujer enfurecida. Otro pugnaba por abrirse paso pagara ganar la puerta de salida, “perdón, perdón, perdón” mas como era corpulento y venia desde el fondo arremetía sin compasión. Otros que recién llegaban empujaban en sentido contrario con caras ansiosas y felices de haber logrado acceso al recargado micro. Otra niña lloró al sentirse apretujada. No faltó la voz protestadora de uno que gritó:

—¿Hasta cuándo va a seguir entrando gente? ¡Maestro, no sea bruto!

El “maestro” —el conductor— con tal de apercollar un pasaje más no quiso contestar.

Entre tanto movimiento, sacudones, y gritos de protesta, de pronto me fijé que a la señora joven que se hallaba frente a mí se le deslizaba un pañolito blanco de la muñeca e iba caer justo sobre la bragueta del caballero de edad avanzada. La dama no reparó en el hecho. Yo vacilaba entre intervenir o no en el incidente pensando lo enojoso que para ella sería pedir la devolución del trapito blanco caído en tan vergonzante posición.

Durante los primeros instantes ni la joven señora ni el caballero de edad avanzada parecieron darse cuenta de lo sucedido ambos seguían abstraídos en sus propios pensamientos.

Yo miraba el pañolito que a los vaivenes de vehículo se movía graciosamente entre las piernas del caballero. De pronto se me ocurrió pensar que ese trapito albo podía aparecer como un trozo de la camisa del caballero asomando indiscretamente.

Posiblemente el caballero pensó lo mismo pues cuando un brusco sacudón lo sacó de su ensimismamiento y pudo reparar en esa telita blanca asomando entre sus piernas, mirando a todos lados como avergonzado de lo que ocurría empujó rápidamente el pañolito entre los botones de su bragueta hasta hacerlo desaparecer del todo.

El pañolito-punta de camisa jamás volvió a reaparecer ante mis ojos pues no me animé a informar a su propietaria acerca del indiscreto refugio que había buscado después de su inesperada caída.

Sólo queda imaginar la cólera de la joven señora por haber perdido su prenda diaria, y el estupor del caballero de edad avanzada al desnudarse y ver surgir del pantalón un primoroso pañolito blanco pasado de contrabando como un trozo de camisa irreverente.

MONTERANI

La mayor de las tres “pucarás” o fortalezas montuosas que defendían el poblado indio. Tenía la forma de un elevado cono truncado y en su vasta superficie se refugiaban el Mallku y su corte cuando las invasiones: de los bárbaros amenazaban arrasar con todo. Allí, en la cumbre, bien parapetados, los montañeses recibían a los intrusos y con golpes de honda solían rechazarlos definitivamente. Pero la última arremetida de éstos había sido tan seria que estuvo a punto de hacer sucumbir el último reducto sagrado de los kollas, pues allí se hallaban los dos templos de Willka, el Sol y Pajsi, la Luna.

Expulsados los invasores el Mallku llamó a sus geómetras y les ordenó ingeniar un sistema para hacer expugnable la “pucara” de Monterani.

Los geómetras idearon cortar el cerro en forma de anillo vertical partiendo de la cumbre de modo que los asaltantes a cierta altura tropezarían con una pared circular de más de seis metros de altura imposible de escalar. El acceso a la cumbre se efectuaba por dos pasajes subterráneos que desembocaban lejos de la “pucara” custodiados por guardias especiales y leales.

La previsión de los geómetras dió eficaces resultados. Durante muchas lunas y bajo distintos Mallkus, Monterani se mantuvo intacto. Se recordaba el famoso cerco impuesto por Namir-Ka al frente de miles de bárbaros, que arrasaron los poblados circundantes y comenzaron el ascenso al enorme cerro; al llegar al muro vertical tallado en la roca, se detuvieron sorprendidos. Namir-Ka ideó varios planes para trepar por el anillo circular liso más ninguno le dió resultado. Los viejos contaban haber oído a sus mayores la hazaña de los defensores de Monterani que desde lo alto disparaban certeros flechazos a los invasores, sin que éstos pudieran hacer uso de sus makanas mientras sus flechas se perdían en el aire o chocaban contra el pretil rocoso del muro vertical que protegía a los defensores. Así quinientos pudieron rechazar a doce mil. Namir-Ka tuvo que abandonar el cerco después de infructuosas tentativas para llegar a su cima (en ese tiempo no se habían inventado aun las escalas de asalto) porque el hambre y la sed diezaban sus hordas.

Sacha-Lumpur, el Mallku gobernante, contemplaba desde la cima de Monterani el grandioso panorama que se desplegaba a sus pies: al fondo, muy distantes, las crestas nevadas de la cordillera, más allá montañas que se perdían el horizonte, pero entre ellas y Monterani vastos campos sembrados, poblados de casas redondas, algunos templos, anchas avenidas abiertas por la mano del kolla. Y todo eso le pertenecía a él, al Mallku, el Hijo de la Tierra, adorador de “Pacha”, el Dios Cósmico del Ande el cual le tenía ordenado reverencia a los montes y a sus dos mensajeros predilectos Willka y la Pajsi, cuyas estatuas de oro, dos veces el tamaño de una persona, se reverenciaban en el gran templo de la “Pucara”.

Sacha-Lumpur no era un conquistador, le bastaban los territorios que poseía pero tampoco era cobarde; más de una vez se vió forzado a bajar a la altipampa para defender a sus poblados. Y a fe que lo hizo con destreza y con valor. Mas en los trances difíciles, al igual que sus antecesores se refugiada con su corte en la cima de Monterani jamás accesible a los bárbaros.

Pensaba el Mallku en la sabiduría de sus antepasados al haber tallado en la roca esa pared circular de seis metros verticales que protegía eficazmente a la fortaleza. Allí, en lo alto, tenían agua y sembríos para sostenerse muchas lunas.

Señalando con un puntero los accidentes del paisaje recomendaba a su hijo:

—Escucha Puriri hijo mío: cuando yo me haya ido a Upa-Marka, el país del silencio de donde nadie regresó, tú gobernarás estos pueblos, hazlo con la justicia y la severidad que yo lo hago sin dejarte guiar por los consejeros blandos. Y sobre todo que tu morada sea siempre, en la paz o en la guerra, Monterani, porque desde aquí domina: a los hombres y a. las tierras, y estarás siempre seguro contra todo ataque de los chunchos. El anillo rocoso es infranqueable. Pero si

alguna vez sucediera una catástrofe salva ante todo las estatuas áureas de Willka y de la Pajsi, son los mensajeros de Pacha, el Gran Señor de la Tierra, él te protegerá.

Pasó el tiempo. Hacían ya doce lunas que Puriri había enterrado a Sacha-Lampur en el corazón del monte asumiendo el cetro que le dejara en herencia. Nunca olvidaba las últimas palabras de su progenitor:

—El que está más alto es siempre el que manda; así como la montaña señorea las tierras, tu, desde la cima de la “Pucara” verás y ordenarás todo. Nunca te apartes de Monterani.

Todo anduvo bien un largo tiempo hasta la mañana la fatal en que un mensajero advirtió a Puriri:

—Señor, grandes ejércitos vienen contra ti. Ignoro de qué pueblos vienen ni quienes los mandan, pero no son bárbaros. Visten bien, tienen escudos, arcos, hondas, porras, estólicas y flechas. Avanzan ordenadamente y han sojuzgado con buenas palabras a muchos de nuestros poblados; no matan, no roban, respetan vidas y haciendas si no se les opone resistencia. Piden que veneremos al Inti, el nombre que dan a nuestro Willka y que nos sometamos al Inca su soberano, que lo es de todo el mundo andino.

Puriri divisó, con su vista de águila, los disciplinados ejércitos del Inca que avanzaban por la llanura como tres sierpes gigantescas. “Se romperán las cabezas al pie de nuestro anillo rocoso — pensó seguro de su inexpugnabilidad.

Ordenó no hacerles resistencia y con dos mil de los suyos incluidos la corte y los sacerdotes o amautas, se parapetó en la cumbre de la “Pucara”.

Al pie de Monterani los invasores enviaron un alto jefe al soberano kolla. Querían la paz, respetarían el reino de altura ampararían vidas y cosechas; sólo pedían reconocimiento al Inti, dios del Sol y sumisión al Inca jefe de naciones.

Puriri hizo contestar al General del Inca que siendo su dios el mismo —Willka o Inti—le rendirían culto pero que no podía acatar sumisión al soberano del Cuzco porque él, Puriri, era el único Señor del País de Altura.

Cumplida su oferta de paz y rechazada, Manco general de los quéchuas ordenó el asalto a Monterani. Los tres ejércitos escalaron la fortaleza y al llegar al pie del muro circular se miraron desconcertados: ¿cómo trepar esa pared lisa?

Pero Manco ducho en tretas y recursos de guerra esperó que llegara la noche y al amparo de sus sombras colocando un hombre sobre otro logró que el quinta soldado llegara al pretil que franqueó con dificultad. Una vez al borde de la cima lanzó una cuerda; por ella subieron otros soldados con sendas cuerdas. Al cabo de dos horas la mitad de los ejércitos del Inca ocupaba silenciosamente la meseta, inadvertidos por los centinelas que seguros encima del anillo rocoso dormitaban, charlaban o se descuidaron de vigilar. Los quéchuas llevaban todos trapos en las abarcas y no hicieron ruido.

Al despuntar la aurora los kollas estupefactos contemplaron a las huestes del Inca en la cima de Monterani: ¿cómo habían trepado la lisa pared rocosa? Era cosa de magia y comenzaron a mirar a los quéchuas como a seres superiores.

Llevado a presencia de Puriri, el general Manco reiteró su oferta de paz. Hizo maniobrar a sus ejércitos en masas ordenadas y movibles que asombraron a los habitantes de la fortaleza.

—Te superamos diez veces en número, tengo mejores guerreros y mayores armas, sólo deseo colocar, un observatorio militar en este peñón, sométete al Inca yo me retirare con mis hombres dejándote vivir en paz.

Antes de escuchar la respuesta del jefe kolla un soldado se acercó a Manco y le dijo algo al oído:

—Me dicen que posees dos estatuas de oro me las darás y las llevaré al Cuzco como tributo al Inti dios de todos los pueblos andinos.

Puriri vaciló unos instantes como reconcentrando su pensamiento y luego contestó:

—Mis antepasados me mandaran conservar esta "Pucara" que domina toda la región. No puedo entregarla para mirador de tus tropas ni someterme a tu Inca al que desconozco; menos te cederé las estatuas de Willka y de la Pajsi que sólo pueden tocar nuestros amautas.

—Conforme a las normas de mi soberano —adujo Manco— he agotado las fórmulas de paz; pues quieres guerra iniciaré la destrucción. Las estatuas serán mías.

—No lo serán —repuso Puriri— he soñado anoche que los hombres de armas serán destruidos, Monterani vomitará fuego y la tierra se hundirá. Los dioses de piedra color del sol serán sepultados en el seno de la Jacha-Pacha-Mama la gran madre tierra.

Manco soltó una carcajada como quien oye dislates y ordenó a sus tropas iniciar al saqueo general matando a los que pusieran resistencia.

El instante en que las tropas se desparramaban en la meseta para iniciar el saqueo y la matanza, el suelo crujió, se abrieron grietas en el piso, lenguas de fuego brotaban de las entrañas de la tierra, grandes bloques terreros se echaban unos contra otros convulsivamente tragándose hombres y casas. El gran templo de la divinidad pareció hundirse sin sufrir mella. Puriri, Manco, todos sus dignatarios, jefes soldados y habitantes perecieron víctimas de la doble agresión del fuego y de la tierra, el anillo rocoso vertical desapareció, todo quedó transformado por acción de la lava y las piedras que brotaron del gran boquete central de la "Pucara".

La erupción volcánica fué terrible, modificó la montaña y causó destrozos en la llanura.

Quedó el recuerdo de la catástrofe sísmica. Monterani fué reducido a la mitad de su tamaño primitivo, conserva su forma de cono truncado y su meseta es más reducida. Hay un simulacro de anillo rocoso circular construido por los sucesores de Kollas y quéchuas. Numerosísimas puntas de flecha y otros restos materiales diseminados en el contorno señalan que la "Pucara" fué teatro de grandes combates.

Puedes deleitarte subiendo a su cima y contemplando el soberbio panorama que antes dominó el Señor de la Montaña. Pero nadie ha dado todavía con las grandes estatuas de oro de Willka y de la Pajsi que duermen sepultada en la tierra. Dicen que Puriri las custodia celosamente e impide que las descubran ojos profanos.

Monterani es uno de los misterios pétreos de las planicies de Carangas. Visítalo y calla: enseña muchas cosas.

LA ADIVINA

No creía en maga, brujas ni adivinas porque sólo se atenía a lo real, a lo concreto, a aquello que podían ver sus ojos y comprobar los restantes sentidos. Escéptico en todo lo referente a cosas sobrenaturales para él sólo existía el mundo visible y concreto de todos los días, el que el hombre avizora con su inteligencia y domina con su voluntad.

Pero esa mañana andaba desocupado y vagando por un barrio alejado vió un letrado que decía "Señora Livia —clarividente. Adivina el pasado y predice el futuro." Se rió involuntariamente: cuántos incautos habrían caído en las redes de la embaucadora. ¿Quién puede saber lo sucedido

ni menos predecir el porvenir de otras personas? Esta adivina como todas las de su profesión debía ser una sutil enredadora de mentiras e imaginaciones.

Iba a continuar su camino cuando lo detuvo un impulso repentino: ¿y si entrara a consultarla? No que creyera en su falsa ciencia, pero tal vez sería divertido oírle urdir embustes. Curioso o aburrido, tal vez ambas cosas tocó el timbre. Lo hizo pasar un muchacho de unos quince años, ataviado con pantuflas, pantalón abombado, chaqueta multicolor y dorados y un turbante a la cabeza “El típico niño oriental” pensó el visitante. Del vestíbulo lo introdujeron a una sala de regulares dimensiones medio en penumbra, sin ventanas, las paredes revestidas de tapices persas o turcos, y unos cuadros astrológicos combinados con figura de rara geometría. No había sillas ni muebles. Sólo una mesita redonda, baja, en la cual se alzaba una gran bola de cristal. Una tarima cubierta de almohadones con signos cabalísticos yacía junto a la mesita redonda; frente a ella otra tarima no tan alta asimismo recubierta de almohadones negros hacia notar la diferencia de nivel: la maga estaría en posición más elevada como si esa mayor altura le proporcionase ya un primer indicio de dominación sobre su "víctima". Un extraño aroma mezcla de incienso y olores penetrantes saturaba el ambiente. Se diría un santuario privado lleno de recogimiento y de misterio.

Estaba contemplando Un cuadro astrológico cuando de pronto sintió una presencia: la adivina habría entrado silenciosamente colocándose en la tarima más alta. Hizo una seña indicándole que tomara asiento en la más baja. Vestía rigurosamente de negro y un cintillo de oro cubría caía sobre su pecho. No podía ver sus rasgos porque un amplio antifaz desde los ojos hasta la barbilla ocultaba su cara. Hizo varios movimientos con las manos extendidas sobre la bola de vidrio y murmuró:

—Concentremos.

Fermín la observaba atentamente tratando de descubrir lo que había de teatral o de impostura en la mujer. Con el busto erguido y la mirada clavada en lejanía la vidente permaneció dos o tres minutos en posición extática: parecía haberse relegado en sí misma. El hombre se sintió desasosegado. Cuando la mujer salió de su trance meditativo se atrevió a preguntar:

—¿Debo decirle quien soy, de dónde vengo?

La respuesta brotó seca y cortante:

—No es necesario, yo leo en su mente y en su destino.

“¡Qué jactanciosa —pensó Fermín— los enredos que me inventará!

Luego le ordenaba:

—Mire al fondo de la bola y concéntrese. Piense lo que quiera. Usted no verá nada. Solo yo atravesaré la línea invisible del tiempo.

El hombre obedeció burlándose interiormente del aire imperioso de la adivina. Después de unos instantes la voz baja, algo ronca, dijo lentamente:

—Usted no es feliz... Está separado de un ser al que amaba mucho... Quisiera volver a él.

Fermín se estremeció: ¿cómo podía saber que hacía varios años estaba separado de su esposa, que seguía amándola y que daría cual quiera cosa por restituirse a su lado?

La vidente prosiguió impasible:

—Tuvo grave enfermedad a los doce años... Rompió con su hermano mayor... Hizo dos viajes a Europa... Lee mucho.

El hombre quedó asombrado: la mujer lo sabía todo. ¿Y cómo? Nadie lo conocía en ese barrio apartado; menos podrían divulgarse hechos de su vida privada que sólo vivían en el recuerdo.

La vidente se pasó la mano por la frente como queriendo disipar brumas. Luego pausadamente proseguía su relato:

—Tuvo un incidente con su jefe en la oficina, cosa ya pasada, ahora se llevan bien. Todavía le duele la pérdida del reloj de oro que le regaló su abuelo... Desde que nació ha habitado en cuatro casas distintas... En el jardín lo que más ama son los geranios... El perro Puck es su favorito.

Fermín se sintió inquieto: ¿se trataba de una bruja, podía leer en su mente, y cómo hablar de cosas en las que ni siquiera él estaba pensando?

La mujer hizo una pausa, parecía algo fatigada. Volvió a realizar ademán de separar algo que la perturbaba. La voz siempre en tono menor musitó:

—La traición de un amigo le duele todavía... Ha dejado la política por los negocios... En su mesa de noche siempre hay libros que lee antes de dormirse... Su color preferido es el azul.

El hombre ya no pudo reprimir su admiración.

—Usted lo sabe todo —dijo— perdóneme por haber dudado de su ciencia.

Luego indeciso preguntaba:

—¿Todo lo que ha dicho lo ha visto en la bola de cristal?

La adivina replicó:

—Está en su mente, está en la mía; la bola de cristal es sólo el puente que une lo pasado con el presente.

—Basta ya de lo pretérito. Ahora dígame algo del futuro.

La maga vaciló antes de contestar.

—Puedo hacerlo —profirió— mas debo advertirle que muy pocos resisten la visita de la verdad que se anticipa. Puede usted escuchar cosas muy duras, muy adversas.

—No importa —dijo el hombre— hable.

La vidente dió la vuelta a la bola de cristal. Con un puntero que llevaba en la diestra trazó signos aéreos sobre los cuadros astrológicos. Enseguida recuperando firmeza en la voz agregó:

—Rehará su vida en forma placentera... Dentro de mucho tiempo lo aguarda una gran pena... Caerá dos veces y subirá tres... No llegará a tener fortuna pero siempre un vivir decoroso... Una gran recompensa premiará sus desvelos de artista... Tendrá un hijo más.

“Ahora desvaría —pensó Fermín— nadie me lleva el apunte como artista; y cómo tener un tercer hijo si sólo amaba a su esposa que lo abandonara por una disputa familiar, y si no pensaba en volver a unirse a ninguna otra mujer.”

La adivina pareció turbarse. Calló unos instantes. Luego algo indecisa añadía:

—Está perplejo, el futuro le cierra sus puertas... Lo que fue puede volver a ser... El deseo intenso recupera el tiempo perdido... Vencer al orgullo... La dicha está en nuestras manos.

El hombre dió un grito de sorpresa:

—¡Era la frase favorita de mi mujer! Ella volverá adivina...

La adivina quitándose el antifaz dejó ver el rostro bellissimo de la mujer de Fermín:

—He vuelto —dijo— tardaste cuatro años en encontrarme. Desde ahora sólo Dios podría separarnos.

HABLO EL JEFE

Guillermo y Teresa se llevaban muy bien. Se amaban, se respetaban. El era obrero en la fábrica de aluminio y dirigente sindical; ella planchadora. Juntaban ambos ingresos y le alcanzaba para sostener su modesto hogar y aun para educar a sus dos niños. Los domingos hacían día de campo disfrutando del sol y de la naturaleza, felices de ver contentos a sus hijos.

El no era farrista ni amigo de pependencias. Copa, hasta ahí no más. Amigos, mientras no lo sustrajeran a la familia. Leía libros de política y de economía. Asistía a los partidos de fútbol, y cuando el dinero lo permitía todos al cine. Excelente padre de familia, buen esposo, nunca dió mal trato ni celos a Teresa. Pero ella tenía su rival: el sindicato.

Guillermo dirigente no faltaba jamás a las reuniones. A veces tenía que salir de noche y regresaba tarde a la casa. En cierta ocasión soportó una huelga de hambre por solidaridad con sus camaradas. Y están, sobre todo, esas odiosas mañanas de los sábados en las cuales Guillermo siempre llegaba retrasado descomponiendo el cuarteto familiar.

Teresa protestaba:

—¿Por qué los sábados nunca nos acompañas al almuerzo? ¿Crees que es agradable comer sin el marido y ver tristes a los hijos?

Guillermo se disculpaba en tono contrito:

—Pero hija soy dirigente, no puedo abandonar las reuniones del sindicato; muchos llegan tarde, la reunión comienza a las once y generalmente se prolonga a más de la una.

—Mal sistema —respondía Teresa molesta — debían reunirse temprano y suspender sus charlas a las doce.

Era el único motivo de discordia entre los esposos: las famosas reuniones del sábado a las que Guillermo nunca dejó de asistir.

Cuando la cónyuge insistía en sus reproches el marido contestaba, conciliador:

—Mujer, tenía que hablar el Jefe...

Mas el discurso del Jefe no se producía. Uno, dos, tres, cuatro sábados y Guillermo seguía llegando tarde al almuerzo sabatino. Las disculpas concluían invariablemente:

—Iba a hablar el Jefe.

Pero, el Jefe no hablaba y su actuación quedaba postergada para el próximo sábado.

Teresa no disimulaba su nerviosismo. ¿Es primero el Jefe que tu familia, el sindicato que el almuerzo? Nos estás sacrificando. ¡En qué hora te elegirían dirigente!

El marido conciliador explicaba:

—Ten paciencia, mujer, ya cambiará.

Mas las cosas no cambiaran. Siempre la tardanza en los sábados y la explicación habitual: iba a hablar el Jefe.

La mujer escamada fruncía el ceño y Guillermo tenía que almorzar solo el sábado porque siempre llegaba atrasado.

En otra ocasión en la cual tuvo que escuchar reproches nada suaves, Guillermo prometió:

—Te prometo que una vez que hable el Jefe pediré licencia al sindicato para retirarme a las doce.

Esta promesa bastó para devolver su buen juicio a Teresa: su marido sabía cumplir lo ofrecido. Que hablara de una vez el maldito Jefe y todo volvería a la normalidad del cuarteto familiar.

El sábado, al regresar demorado, el marido escuchó la pregunta ansiosa de la mujer:

—¿Y habló el Jefe?

—No — repuso Guillermo, todavía no habló.

El otro sábado y el subsiguiente la tensión volvía: el Jefe no hablaba y Guillermo seguía llegando retrasado al almuerzo.

Un día, cansada de la espera e irónica la mujer preguntó:

—¿Es mudo tu Jefe, por qué no habla?

Guillermo se extendió en larga explicación, el Jefe sólo hablaba en las grandes ocasiones, preparaba minuciosamente sus actuaciones, dejaba que los líderes se entrenen dirigiéndose a la concurrencia y él se reservaba para las horas decisivas.

“Horas decisivas —murmuraba la mujer— y nunca llegan.

Pasaron dos, tres sábados más y el marido seguía llegando tarde.

Teresa interrogaba agresiva:

—¿Y habló tu Jefe?

Guillermo cariacontecido dijo con humildad:

—No, todavía no habló.

La mujer ya estaba desesperada pensando qué podría urdir para sacar al marido de las obligaciones sabatinas del sindicato, cuando una mañana Guillermo entró como una tromba a la casa, tiró el sombrero al rincón, y cogiendo a la esposa en sus robustos brazos la alzó en vilo y la hizo girar en el aire diciendo delirante:

—¡Habló el Jefe, querida, habló el Jefe!

Teresa palpitante de emoción preguntó:

—¿Y qué dijo?

Guillermo todavía exultando de entusiasmo le limitó a responder:

—Burradas, pues.

EL TORO AZUL

¿Un toro azul? ¡Es imposible! no los hay de ese color. Tal vez de piel negruzca, olivácea, cetrina que deja escapar reflejos azulados pero un cornúpeto azul, de azul de cielo o de mar, es imposible: no existe. Pero ahí estaba el animal de gran alzada frente a él, la testuz poderosa, los cuernos agresivos, y unos ojos malignos surcados de estrías rojas, próximo a embestir si alguien se aproximaba demasiado.

Lo contemplaba con respeto y admiración porque era realmente un toro azul, azul con azul de añil o de cobalto, que no podía engañar la visual clasificadora de los colores. Azul de mar, azul de cielo profundo tirando más al índigo que al celeste. Y grande, imponente, de aspecto terrible capaz de atemorizar al más valiente. Recios los corvejones, la papada abundante, las cuatro patas sólidamente afianzadas como estacas inmovibles. Pastaba tranquilo ¿pero cómo sería esta tremenda máquina carnal puesta en movimiento? El huracán, sí, sería el huracán arremetiendo cuanto se le pusiera delante.

Cuanto más lo miraba más se pasmaba de su formidable apariencia y su inverosímil color; se diría que había sido pintado porque en la naturaleza animal no existen toros azules, pero el estupendo cornúpeto estaba ahí, detrás de la valla protectora, moviéndose lentamente, íntegramente azulado de la cabeza a los pies; hasta el rabo despedía una franja azulina de color inconfundible, azul, azul como el cielo de invierno, como el mar de las islas del Egeo.

Una tarde dominguera asistía a una corrida taurina y de pronto, al salir el quinto toro le estremeció de espanto: allí estaba el toro azul arrancando en bravía arremetida como el viento de las punas. La muchedumbre rugía de entusiasmo viendo al formidable animal, su magnífica alzada, la furia de sus embestidas y sobre todo delirando de entusiasmo por el insólito color de su piel.

Desjarretó tres caballos, malhirió a cuatro toreros, ni la pica ni las banderillas le causaron mayor dolor. Cosa nunca vista: arremetía contra torero y capa, a penas uno de los bravos pudo sustraerse a su carga fulminante. Parecía invulnerable. Cuando llegó el instante de matar el enfurecido animal no se dejó engañar ni por la capa roja ni por la espada escondida detrás de ella, esquivó tres al matador al cual concluyó por arrojarlo al aire.

La multitud, enardecida, pidió que se le perdonara la vida y el toro azul volvió al gran pastizal donde señoreaba indómito pues cuando se le ponía otros toros cerca daba buena cuenta de ellos con ímpetu feroz.

Ni el estado de Minos, ni los toros alados de los asirios, ni la deidad taurina de las antiguas teogonías pueden compararse con este hermoso ejemplar viviente — pensaba el hombre —que sorprende a zoológicos y científicos.

Y en efecto: los expertos quedaban estupefactos no sólo por la piel azulada del animal sino porque parecía dotado de algo que se acercaba más a la inteligencia que al instinto.

—Tiene un modo de mirar que da escalofríos —decía el veterinario que lo cuidaba.

—Si, infunde miedo —replicaba el hombre—pero a mí me hace vibrar de emoción como cuando el sol amanece o el mar se agita en una playa dilatada.

El toro azul empreñó a cuarenta vacas que le dieron torillos sanos y vigorosos mas no tenían el color del progenitor. Eran animales de piel aceitunada que alguna vez despedía reflejos azulinos.

—Es un prodigio de la naturaleza —sentenció un zoólogo reputado. Jamás se repetirá el fenómeno en la raza taurina, ese endemoniado color azul que rompe y sobrepasa la tradición animal.

Una noche el hombre soñó que el toro azul era el dios de un pueblo remotísimo, que tomaba parte en sus expediciones guerreras, que combatía furiosamente y siempre salía invicto sin que lanzas ni flechas vulneraran su piel que en el sueño era negrísima, reluciente, mas despedía reflejos azulinos que suscitaban la admiración y el espanto de los combatientes.

Pero al despertar del sueño vió otra vez al toro azul en su real apariencia de añil y zafiro.

Se realizaron exposiciones a las cuales la gente pagaba por verlo admirando su soberbia estampa y sobre todo ese azul, ese azul que en piel de aztado parecía imposible. Los niños quedaban encantados con el tremendo animal que se les antojaba escapado de un cuento de hadas.

Alguien sugirió que se lo hiciera luchar con un león. Luego se cambió al contendor: se trajo un feroz tigre de bengala se encerró a ambos en un foso a varios metros del suelo. Los contrincantes se limitaron a contemplarse, al principio, despidiendo fulgores de rabia por los ojos. De pronto el tigre de Bengala con salto repentino trató de dar un zarpazo al toro, pero éste esquivó fácilmente el ataque. Nuevo salto del felino, nuevo zarpazo y un otro quite del cornúpeto. El numeroso público miraba pasmado: ¡cómo: un toro más ágil que un tigre? No podía ser! Pero era. El tigre dio un tercer salto elástico y veloz con las tremendas fauces abiertas para caer sobre la cabeza del astado; éste, rapidísimo, evitó al felino y le clavó la primera cornada en el costado. Rugiendo de ira el tigre respondió con dos zarpazos que rasgaron la piel del astado. Luego se trabaron en lucha cuerpo a cuerpo en la que el felino no parecía llevar la mejor parte pues la testuz y los cuernos del toro lo acometían ferozmente. Repliegue de los combatientes, ambos vertiendo sangre de las mutuas heridas que se infligían. Nuevas acometidas, y nuevos daños para ambos contendores. Súbitamente el cornúpeto atacó con rapidez increíble al tigre y con el poder de sus cuernos lo ensartó literalmente lanzándolo después agónico al ruedo. El toro azul había derrotado al tigre de bengala.

La sensacional contienda acreció la fama del astado. Se recuperó prontamente de sus heridas y nuevamente pastaba tranquilo, majestuoso.

En otra ocasión habiéndose enfangado un camión en el río que otro camión no pudo salvar, llevado el toro azul al lugar del accidente con tres fabulosos tirones sacó al vehículo enfangado hasta la ribera.

Realizó muchas otras proezas el magnífico animal de las que siempre salía indemne o levemente maltrecho, como esa vez en la cual el solo se bastó para ahuyentar a una banda de forajidos que asaltaban la hacienda de su patrón.

—Ciertamente —comentaba un ganadero — este animal no es enteramente un animal, tiene algo de humana en su inteligencia y su sagacidad.

El toro azul permitía que niños de tierna edad jugaran a su vera. Nunca lastimó a un niño, pero cuando un adolescente ya quinceañero se aproximaba mugía de impaciencia señalando el camino del retiro.

Y la piel azul, azul, azul relucía a los fulgores del sol brillaba en las noches lunadas como una tela de tisú surcada de hilos de oro y de plata.

El astado permitía que el hombre se le acercara, sin pasar el vallado, y lo miraba sin cólera. Mantenían mudo diálogo visual. Podía decirse dos amigos, amigos de excepción pues el toro azul manifestaba su desagrado cuando otra persona se le aproximaba. Todavía se recuerda aquella ocasión en que una turba de muchachos imprudentes se acercó al astado y detrás de la valla le lanzaban piedrecillas y se mofaban del animal; esa única vez en que hizo volar las maderas del vallado haciendo correr despavoridas a los imprudentes.

—Pudo matarlos —dijo el veterinario— pero es demasiado inteligente; sólo quiso asustarlos y darles una lección.

Cuando Pedrín, el hijo del jardinero, infante de siete años se le acercaba el toro azul emitía gruñidos de placer hasta solía aproximarse al cerco de madera y dejaba que el niño le acariciara la piel. Pero al acercarse Ramón el caballerizo que trataba rudamente a mulas y caballos lanzaba bramidos de furor que espantaban al intruso. Sabía hacer comprender sus raptos de alegría y de mal humor, como si se tratara de una persona comunicativa.

Tampoco fué olvidada su hazaña la noche de San Silvestre. Saltando la valla de casi tres metros de altura, el magnífico animal corrió al pueblo cercano donde desbarató y puso en fuga a una banda de tahúres que despojaban a los incautos de día con los naipes y robaban las casas por las noches. Después regresó en pausado trote a su refugio, volvió a saltar el cerco muy alto. Vecinos que lo vieron llegar, embestir a los malandrines y luego tornar a su retiro atestiguaron el caso.

No admitía compañía en su pastizal. Amaba la soledad. De cuando en cuando galopaba. en su vasto recinto, embestía a bultos imaginarios y terminadas sus pruebas de fuerza volvía a caminar con grave apostura.

Poseía un olfato maravilloso que le permitía escoger certeramente sus alimentos; cierta vez que le pusieron tres vasijas igualmente llenas de su alimento favorito, dos de ellas con fuerte picante, eligió sin vacilar la que no lo contenía.

Aquella ocasión en la cual dejaron abierta la puerta del vallado se coló por ella el alazán del propietario, otro soberbio animal; al verse frente al toro azul quiso cocearlo, éste esquivó fácilmente los cascos agresores; luego, con la testuz lo empujó suavemente. Se comprendieron los dos animales? Lo cierto es que el alazán solía visitar al cornúpeto corrían, brincaban, efectuaban caprichosas evoluciones y finalmente se tumbaban uno junto al otro para descansar de sus correrías.

—Es un caso único —decía el propietario de la finca— mi alazán y el toro azul son dos amigos.

El día que Pedrín desapareció el hombre aconsejó soltar al toro azul:

—El sabrá encontrarlo —dijo— olfatea muchos kilómetros a la redonda.

Así se hizo. Tres horas después de intensa búsqueda y guiados por los mugidos del astado hallaron al niño caído en una zanja profunda de la que no podía salir.

Tantas acciones realizó el toro azul que salían de lo natural que muchos lo creían embrujado, o hasta un espíritu aprisionado en la máscara toril. Era un caso antes nunca visto.

Acuciado por el hecho inusitado el hombre resolvió descifrar el enigma del astado. Una mañana, soleada se aproximó junto a él y lo observaba con detención. Un toro pero azul — y esto era lo extraordinario — pero en lo demás tenía las mismas reacciones de otros cornúpetos. Ahí estaba, tranquilo, imponente, emitiendo bajos resoplidos de placer. Poderosa su alzada, toda ella traspasada de fuerza, de contenidos ímpetus. A veces se inmovilizaba como una estatua elevando la testuz y los cuernos agudos, como si estuviera interrogando al aire; otras pastaba pacíficamente desdeñoso de cuanto lo contemplaban.

Observándolo atentamente el hombre reflexionaba: es sólo un toro, como otro cualquiera, más grande de lo común pero semejante en todo a los demás astados, pero ese maldito color azul ¿de dónde sale? Su piel lustrosa reluce, le día y de noche. Y ese mirar, a veces colérico, a veces amistoso, esos ojos profundos como queriendo hablar... No, no es un toro cualquiera, es un animal extraordinario. Y esas reacciones que parecen dotarlo de razón, ese amor a los niños, esa repulsión por los malos, esas cosas inusitadas que hace o sugiere. Es un enigma vivo.

El animal seguía pastando emitiendo cortos resoplidos que delataban su contento. De pronto alzaba la cabeza poderosa y lo miraba, lo miraba con ese mirar casi humano que parecía provenir de un ser humano profundamente próximo.

Era un enigma viviente que nadie podía descifrar.

Otra mañana el hombre sorprendió a un pajarillo negro y oro —un "chaiño" de las punas — que afilaba serenamente el piquito en un cuerno del astado. Después le acariciaba la cerviz que el animal bajaba dócilmente. Finalmente el pajarillo emitía dulces trinos que el toro parecía recoger con embeleso.

También se solazaba tendiéndose a la sombra de la frondosa acacia que se erguía en un ángulo del recinto y no permitía que nadie se aproximase a ella, como si fuera de su exclusiva pertenencia. El Sol cálido le encantaba, pero también las lluvias refrescantes y cuando venía la tormenta con truenos y relámpagos se recogía a su cobertizo lanzando bramidos de ira.

Pedrín se cayó en mala forma y se dislocó un tobillo; estuvo tres días enyesado en cama. El astado que vió su caída permaneció los tres días inmóvil en el sitio donde se había accidentado su amiguito negándose a comer y a beber. El hombre no pudo sustraerlo del voluntario castigo que se impuso. Volvió Pedrín sostenido por una muleta y el Toro Azul recuperó su movilidad; lo recibió con suaves resoplidos de alegría.

—Cuando yo digo que es un animal inteligente —decía el veterinario — si hasta creo que posee también sentimientos.

Solía correr con el gran alazán que casi siempre lo ganaba, pero a veces el cornúpeto lo aventajaba largamente, como queriendo demostrar que era superior pero que ocultaba su destreza en la carrera.

Quisieron llevarlo a exhibir a un zoológico. Y se lo llevaron; zoológico estaba a otro lado de la serranía que rodeaba la ciudad, a doce kilómetros de distancia. Cuatro días después el Toro Azul apareció en la hacienda; ¿cómo había escapado del zoológico y como se orientó para volver a su morada? Nadie pudo explicarlo.

Su más famosa hazaña fué cuando puso en fuga a dos leopardos que assolaban el ganado de la hacienda. Los felinos lo atacaban por los dos flancos con tremendas dentelladas y zarpazos que pocos llegaron al cuerpo del astado increíblemente más ágil que los leopardos. La lucha se prolongó varios minutos. De pronto el Toro Azul emprendió veloz carrera; los felinos se precipitaron tras él creyendo haberlo derrotado. En plena carrera el cornúpeto se revolvió con rapidez fulminante y arremetió contra sus dos adversarios derribándolos de sendos topetones. Los jaguares, maltrechos, se batieron en retirada.

“¡Qué hermoso y tremendo animal —pensaba el hombre— no tiene rival en su especie!” Y se solazaba contemplando el lustroso pelaje azul que relucía como el mar cerúleo o como el cielo índigo.

Ofrecieron por él una cantidad fabulosa que excedía a todo lo pagado por el mejor caballo de carreras. El propietario se negó a venderlo. Tenía cinco años y se mantenía sano, vigoroso, de sorprendente agilidad y acciones impensadas que lo convertían en un ser dotado de despierta inteligencia.

Pedrín lo llamaba “Mabó” y sólo acudía a su vocecilla. Era el orgullo de la hacienda.

En este punto el escritor se preguntó: ¿qué hago con el Toro Azul? ¿Quién creará en sus hazañas? ¿No suena a inverosímil todo lo narrado en este relato? ¿Lo someto a la crítica razonada o lo dejo vagar en las imaginaciones desbordantes?

Entonces de una sola plumada le quitó la vida y sepultó al Toro Azul veinte metros bajo tierra. Allí donde nadie podría encontrarlo.

LA REINA NEFERTITI

Había visitado muchas veces las numerosas salas del inmenso museo que cobijaba estatuas, cuadros, cerámicas, utensilios domésticos, armas, vasos, joyas y todo género de objetos, grandes y pequeños, que hablaban de cien civilizaciones desaparecidas.

Fino conocedor sabía distinguir las épocas, las influencias entrecruzadas, los estilos, a veces los artistas. No en vano ejercía la cátedra de historia del arte en la Universidad. Su especialidad la cultura egipcia. Y en ella no los imponentes monumentos, los templos sagrados, las estatuas hieráticas, sino los pequeños objetos, las estatuillas, las joyas de oro y lápizlazuli, los anillos esmaltados, las copas de libaciones, los pectorales cromáticos, los bustos en miniatura, ese universo de cosas mínimas que suele deparar sorpresas al más avisado espectador.

Nunca olvidaría el hallazgo de la bellísima estatuilla de la Reina Nefertiti. (Claro que nada decía que fuese ella pero el profesor la había bautizado así porque después de conocer otras versiones plásticas autenticadas como imágenes de la soberana, especialmente la “Cabeza de Adolescente” en el Museo del Louvre, tenía la convicción de no haber existido nunca un rostro más hermoso). Tenía que ser, necesariamente, la Reina Nefertiti, la mujer más linda del mundo y de todas las civilizaciones. La estatuilla, de medio busto, concentraba en los rasgos de la cara una belleza deslumbrante. El óvalo de la cara perfectísimo. Los ojos grandes y rasgados bajo la doble ondulación de las cejas. La nariz delicadamente hendida hacia adentro, tan armoniosa como la boca delicada. La cabeza cubierta por una peluca que la revestía de majestad. Lo extraordinario era que cuando el espectador se concentraba en su contemplación, el rostro encantador parecía animarse, los grandes ojos dormidos se despertaban y se diría que los labios entreabrían para dar paso a las palabras. Sí: el profesor había sostenido muchos diálogos mudos con la estatuilla de la Reina Nefertiti cuando los dejaban solos en la Sala Egipcia.

Esa augusta serenidad, esa altiva mirada, esa belleza deslumbrante sólo pudieron darse una vez y ahora únicamente quedaba la extática atracción del rostro maravilloso.

Los vigilantes del museo conocían al profesor, hombre serio, de prestigio y solían dejarlo solo, absorto en la contemplación de la estatuilla. ¿No era catedrático de la historia del arte? Pues que se ensimismara en el estudio y los goces del pasado.

Los domingos el profesor acudía al museo, recorría sus salas espaciosas y se detenía largamente en el recinto egipcio frente a la imagen de la Reina Nefertiti que la brindaba la perfecta hermosura de su cara incomparable, porque no existía otra ni entre seres vivos ni en la plástica universal que rivalizara con ella en belleza y permanente seducción. Y éste era el secreto de la

estatuilla: jamás cansaba. Se podía contemplarla asiduamente, mucho rato, se perdía la noción de tiempo. No nos deseaba abandonar y sólo podíamos alejarnos de ella cuando los guardianes del museo anunciaban el cierre del recinto.

Conforme pasaron las semanas el profesor se persuadió que no era un enamorado platónico de la estatuilla sino el amante apasionado que quiere permanecer constantemente al lado del ser amado. Intentó fotografiarla pero el museo no lo permitía. Tuvo que contentarse con llevarla en su retina, en su mente, en su corazón. Y de verdad, la imagen de la Reina Nefertiti, tal como descollaba en su prisión de lapislázuli, lo acompañaba sin descanso, lo obsedía, lo tornaba feliz, porque sólo él conocía los secretos encantos que irradiaban del rostro admirable.

"Si hubiera una cara que se semejara siquiera con ligera semejanza a este semblante indecible... "No, no podía ser: la Reina Nefertiti fué una vez para siempre. Nadie podría reproducir la imagen sorprendente, el gesto altivo y desdeñoso de la efigie del museo.

El profesor se sentía un elegido del destino: poseía una diosa para él solo. Bien guardada en el museo nadie podría arrebatarse su presencia prodigiosa.

Si existiera un rostro vivo como la efigie de la estatuilla... Sería el arquetipo de la belleza femenina encarnado en cara de mujer. La Reina Nefertiti: un portento de perfección que los hombres elegirían como diosa del amor.

Ya era sabido: los domingos por la tarde el profesor pasaba largos lapsos sumido en la contemplación de la estatuilla egipcia. Figura familiar en el museo todos respetaban esa extraña chifladura que consiste en amarrar el ser vivo a la obra muerta. ¿Cómo obra muerta —diría el profesor si hubiera escuchado la crítica malévola a su pasión visual— si está más viva que en el transcurrir habitual?

Pasaron los meses. Subyugado a su distracción favorita seguía siendo el más leal y apasionado visitante de la beldad antigua. Se diría que la piedra inerte y la mente despierta comunicaban. Idilio silencioso que nada podía perturbar.

El profesor era dichoso, hasta el domingo fatal en que sorprendió a un desconocido absorto en la contemplación de la estatuilla. ¡Cómo! ¿Un rival, un intruso, alguien que pretendía robarle el afecto de la Reina Nefertiti? Al sobresalto del primer impacto sucedió la cólera secreta, estuvo a punto de estallar. Pero supo contenerse. Aunque el otro lo hizo sufrir permaneciendo largos minutos frente al ídolo egipcio probablemente se trataba de un turista, un visitante ocasional que no tardaría en desaparecer.

Pero el desconocido regresó: el domingo siguiente estaba otra vez frente a la estatuilla y demoró largo rato en separarse de ella. El profesor se angustió: ¿cómo podía alguien disputarle el amor y la amistad de la Reina Nefertiti? Lo observo atentamente: un hombre maduro, con canas en las sienes, bien vestido, de porte distinguido, ancha frente y ojos, penetrantes: ¿sería un arqueólogo, un esteta como él, un artista en busca de inspiración o simplemente un admirador de la belleza? Lo enfurecía que el otro siempre llegaba antes que él, obligándolo a permanecer en angustia espera porque el profesor no quería compartir con nadie los diálogos visuales con la soberana del Nilo.

Dos, tres, cuatro domingos sucesivos y el desconocido aparecía siempre anticipándose a la llegada del profesor. Cosa diabólica ¿por qué tenía que demorar el rito de su contemplación? Le tomó una profunda antipatía. Evitó acercarse, toda relación con el intruso y una sorda ira fué creciendo en su espíritu. Nada podía hacer contra el desconocido porque los museos sin públicos y cualquiera tiene el derecho de admirar las obras de arte, los vestigios de las pasadas civilizaciones.

En cierto modo el intruso era discreto: pasados diez minutos de honda contemplación se retiraba y ya no volvía hasta el próximo domingo. Pero ese corto espacio de tiempo que le robaba

frente a la estatuilla fué amargando cada vez más hondamente al profesor. Tenía un rival que le disputaba los encantos de la diosa. ¿Cómo deshacerse de él?

Los domingos por la noche no podía conciliar el sueño. Su enemigo lo atormentaba. Y ella, la impasible ¿admitía al nuevo cortejante o rechazaba su homenaje? Los celos le mordían el corazón, la diosa de Oriente no podía pertenecer a otro.

Un domingo tuvo la grata sorpresa de no hallar al intruso frente a la estatuilla. Vibró de gozo. Estaba nuevamente solo con la Reina Nefertiti. La encontró más bella y sugestiva que nunca. El le confesó sus celos. Ella mirándolo tiernamente con los hermosos ojos rasgados parecía decirle: "solo para ti."

Cuando más extasiado se hallaba en comunicación con la diosa, sintió un bulto a su lado: el intruso había vuelto. Se contuvo unos instantes, luego lo interpeló:

—¿No ve que la estoy contemplando?

El otro respondió muy tranquilo:

—Yo también.

El profesor sentía que la cólera circulaba por sus venas. Siguieron algunos instantes de silencio. Luego, mirando de soslayo, creyó sorprender raptos de amorosa admiración en los ojos del desconocido: ¡Cómo! Se atrevía a desafiarlo abiertamente.

Iracundo lo conminó:

—¡Retírese! Aquí no hay campo para los dos.

El intruso lo miró extrañado:

—La sala es muy amplia y hay campo para muchos.

El profesor dió un empujón al desconocido y lo tiró al suelo. Este se levantó y contestó con un golpe de puño. Se trabaron en ruda pelea y como el profesor era mas joven y vigoroso concluyó por echar al suelo por segunda vez a su contrincante con el labio partido y en malas condiciones físicas.

Entonces el desconocido, al verse tan injusta y brutalmente agredido sacó su pistola y de un certero tiro en el corazón victimó instantáneamente a su agresor.

Pero ya la Reina Nefertiti y el profesor bogaban dichosos hacia la Isla de los Bienaventurados donde nadie podría separarlos.

¿UN LADRON?

Tom Murphy, excelente policía, suspiraba por ganar los galones de sargento que sólo se obtenían por antigüedad —tres años de espera— o por alguna proeza especial: evitar un robo importante, capturar a un ladrón profesional, haber expuesto su vida para proteger a un niño, o cualesquiera de esas cosas que dan notoriedad al guardián del orden.

Servía más de un año y la ocasión ansiada no se presentaba. Murphy era uno como todos entre los miles de policías que vigilaban la ciudad. La suerte no lo acompañaba. Por lo general le tocaban vigilancias monótonas en barrios tranquilos. Imposible hacerse el héroe. Los galones de sargento se alejaban, se alejaban.

Esa mañana había asistido a la graduación de sargentos de los policías Levinson y Laferte; y no es que ambos lo aventajaran en antigüedad ni en celo funcionario, sino que Levinson había tropezado con un ladrón muy buscado, hombre de agallas que al ser capturado hirió al guardia, y Laferte tuvo la oportunidad de salvar la vida de un niño próximo a ahogarse en un estanque. ¡Condenada suerte, se entrega a unos y se niega a otros!

Serían las seis de la tarde. En invierno oscurece temprano y ya la penumbra asomaba por las calles. Murphy vigilaba un barrio alejado, apacible, con escaso movimiento de vehículos y pocos transeúntes, pero sus ojos de lince no dejaban escapar personas ni accidentes. ¿Por qué le tocaban, siempre, lugares sosegados, que parecían inmunes a la hazaña policial? Ni un robo, ni una pelea, nadie a quien auxiliar. La monotonía de su quehacer excitaba sus nervios.

De pronto del almacén de abarrotes vió salir un hombre receloso que mirando a todos lados se refugiaba en un portal. Luego corría unos pasos y se refugiaba en otra puerta. Cuando veía venir gente se detenía arrimado a la pared. A veces corría con las manos a la espalda (está ocultando la cartera robada —pensó el policía). Todo en él era sospechoso en grado sumo.

Murphy lo siguió guardando distancia. El ladrón mirando angustiado a izquierda y derecha, deteniéndose al cruzarse con las gentes, haciendo altos bruscos, reanudando sus carreritas, ocultando con las manos atrás algo que sustraía a la curiosidad ajena. No podía haber la menor duda, se trataba de un delincuente avezado. Su caminar sobresaltado, los rápidos movimientos de cabeza, ese avanzar evitando a los transeúntes delataban al profesional experto en rehuir encuentros con los demás. ¡Vaya si era atrevido el desconocido, robar todavía con luz, ignorar que Tom Murphy vigilaba inflexible.

La escena se repetía: al pasar junto a otras personas, el ladrón se arrimaba a la pared, siempre con las manos atrás, y luego al alejarse los otros reanudaba su escapada.

“No lo detendré de inmediato — se dijo Murphy— a lo mejor me conducirá hasta su guarida donde guardará el botín de sus fechorías y entonces si que realizaré una proeza.”

La persecución se prolongó por varias cuadras. El sospechoso insistiendo en esconder su robo, el guardián atento a los menores movimientos del hombre que huía.

Al cruzar una plaza como no tenía donde arrimarse, el hombre apresuró el paso, se revolvía constantemente como sintiéndose perseguido y al enfrentar a las gentes se revolvía ansiosamente ocultando lo que llevaba entre manos, ellas siempre a la espalda.

“Esto no puede seguir así —pensó el guardia — mejor lo detengo de una vez.” Pero ese instante el ladrón estuvo a punto de chocar con una señorita que venía en sentido contrario. Murphy creyó escuchar un gritito de espanto de hombre que perseguía y enseguida lo vió reanudar su andar más acelerado.

Reflexionó que ya era bastante. El sospechoso no podía ocultar su origen delincencial: escapaba, escapaba después de cometido su delito y podía ser aprehendida con las manos en la masa.

Se fué acercando a grandes trancos al ladrón que parecía no cuidarse del guardia sino del encuentro con los viandantes.

Tocó con su varita al que huía en el hombro y le ordenó imperiosos:

—¿Qué esconde usted en sus manos? ¡Devuelva lo que ha robado!

El hombre lo miró sorprendido y la angustia se fue borrando de su cara.

—¡Por fin, guardián, protégeme! El perro del almacén me mordió llevándose una gran porción posterior de mi pantalón. Se me ve parte del trasero y como andaba por el barrio de mi novia, temía tropezar con ella. Lléveme a la comisaría, allí podrán prestarme un pantalón.

Y así fue cómo Tom Murphy perdió la ocasión de ganar sus galones de argento.

JOANNA

Para un diplomático que sabe vivir la vida romana es una delicia de seducciones y sorpresas. Monumentos y museos, jardines y paisajes, el habla musical de las mujeres, su belleza y distinción, la cultura de los hombres, la variedad de las comidas, el refinamiento de los vinos, y en general esa atmósfera de tradición y novedad que envuelve al extranjero y lo satura de revelaciones. Roma es mágica: jamás termina de entregar sus secretos.

Rodolfo Stahling, sudamericano, consejero de embajada, treinta y cinco años, sibarita y esteta, podía considerarse un hombre feliz. El trabajo en la embajada era liviano, las responsabilidades para el embajador. Libre, inquieto podía dar expansión a sus sentidos sin dejarse amarrar por compromisos sociales o amorosos; iba donde le placía y tocante a damas, lejos del donjuanismo constante, gozaba de aventuras esporádicas. Claro que le gustaban las mujeres hermosas pero prefería no frecuentar su trato salvo en los casos en que la atracción era muy fuerte y como intuía que podía ser correspondido. Cosa no fácil ciertamente, ni repetida, por Stahling no era un Apolo ni poseía ese porte físico que llama la atención del bello sexo. “Tu no las impresionas de estrada —solía decirle Pellicer otro consejero de embajada— pero cuando sueltas la “musiquita” de tu labio, sabes interesarlas”. Y era verdad: Rodolfo que no descollaba por su apariencia física conocía el arte de halagar a las mujeres y de expresar cosas interesantes durante la conversación. Culto y discreto no abusaba de su cultura ni de su facilidad de expresión, tenía horror a la pedantería y sólo hablaba en momentos adecuados.

Tal vez por ello lo estimaban sus colegas del mundo diplomático: no hacía sombra ni se jactaba de conquistas amorosas.

— Iremos a casa del escultor Bonomi-Peruzzi —dijo Pellicer— es casado con un mujer millonaria y da unas fiestas fabulosas donde abundan las bellas.

Había más de un centenar de personas diseminadas en tres salas y grupos que departían animadamente antes de la cena. El palacio renacentista modernizado en sus interiores fulgía de arañas de cristal, muebles de época, alfombras orientales, esculturas y cuadros entre los cuales sobresalían obras de Canova y del Veronés. Un cuarteto de cuerdas interpretaba en una de las salas obras de Viotti y Bocherini.

—Ven— exclamó Pellicer tomándolo del brazo —te presentaré a la beldad del día: la condesa Joanna Sacromonte, una viuda florentina aristocrática, riquísima, que tiene locos a muchos italianos y no pocos “cazadores” de nuestro mundo diplomático.

Alta, espigada, hermosísima de cara y con un cuerpo soberbio, de sobria elegancia, luciendo sólo un rubí en el anular, la dama se hallaba rodeada por un grupo de adoradores que se disputaban su atención.

Al serle presentado, apenas si reparó en Stahling. ¿Que podía interesarle el sudamericano rodeada como estaba por varones arrogantes, ingeniosos, unos de tipo clásico mediterráneo, otros señorones orgullosos sin que faltaran otros colegas diplomáticos, prendados todos de la hermosa mujer que altiva, desdeñosa, segura de su mágica belleza recibía complacida el homenaje de sus admiradores?

El grupo andaba enzarzado en una discusión acerca del mejor novelista italiano. Rodolfo, un tanto en segunda fila pudo observar cómodamente a la beldad florentina.

Debería andar por la treintena. Físicamente perfecta, el señorío de sus ademanes y su voz melodiosa dominaban la escena. Se parecía asombrosamente al retrato de Constanza Monti Porticari pintado por Filippo Agricola, siendo aun más bella pues los grandes ojos oscuros irradiaban pasión y majestad. La mujer dejaba que los circunstantes emitieran libremente sus opiniones pero cuando ella daba su parecer, le agradaba que le siguieran la corriente; y naturalmente, subyugados todos por su presencia dominante se apresuraban, aduladores, a confirmar sus juicios. "Esta engreída —pensó el sudamericano— el cortejo de los adoradores la envanece."

—El mejor novelista italiano y por qué no decirlo mi favorito es Moravia —dijo la condesa Joanna.

Una salva de aplausos acogió el dictamen de la bella. La mayoría ratificó el juicio de la dama, uno que otro callaron.

—Aplaude —le susurró en voz baja Pellicer —no seas descortés.

Rodolfo Stahling pensó que al contrario la única manera astuta de llamar su atención consistía en contradecirla.

—El mejor novelista italiano —dijo alzando la voz — es Italo Svevo.

La condesa le replicó cortante:

—No hablamos de los muertos señor mío.

—En tal caso Buzaati —contestó Rodolfo.

Luego de una corta discusión sobre ambos narradores, la condesa Joanna le espetó fríamente:

—Usted no ha leído a Moravia.

El sudamericano se limitó a responder:

—Conozco Los Indiferentes, Agostino, La Romana, El Aburrimiento bastantes para verificar su inmoralismo y su vulgaridad.

Una mirada de furia despreciativa acogió sus palabras. Luego la beldad ordenaba impetuosa:

—Cambiemos de tema.

Pero la actitud del sudamericano había impactado su espíritu. ¿Quién era ese intruso que se atrevía a interrumpir la armonía del coloquio con sus adoradores? ¿Por qué intentó amenguar o desconocer el valor de su juicio crítico? ¿Y cómo se había permitido emitir parecer sin que ella le hubiese preguntado su parecer? ¡Bah! Un rústico sudamericano no podía alterar la hegemonía intelectual de una condesa florentina.

Rodolfo olvidó el incidente. Pasaron varios días, sucedieron muchas cosas en la movida, diversa y atractiva vida romana. Alternaba sus deberes de oficina, la obligatoriedad de las recepciones diplomáticas con paseos al Janículo, al bosque de Villa Borghese, a los templos y palacios tropezando con hallazgos maravillosos como el encuentro con esa "loggia" perfectísima que Leone Battista Alberto erigió en San Marcos, dos planos porticados superpuestos, tan sobrios, tan viriles que se diría una clave arquitectónica.

En los paseos o en los clubes nocturnos veía lindas mujeres pero las hallaba demasiado sofisticadas. Stahling amaba la belleza natural, sin artificios, soñaba con una imagen de mujer ideal, sin joyas, sin pieles, sin afeites que irradiara por sí sola el encanto y la frescura de su naturalidad. Fugaces encuentros con lindas hembras romanas no dejaban huella en su alma. Tal vez exigía mucho y a ello se debía su permanente soltería.

El brasilero Helvio do Moura vino a buscarlo a la oficina, primer secretario de embajada, era un camarada excelente.

—Vamos a la recepción de los argentinos. Te presentaré a una mujer que me tiene loco, la belleza más fascinadora que he visto en mis tres años de Italia.

—No puedo —repuso Rodolfo —mi embajador está de vacaciones y debo terminar la correspondencia oficial.

—La recepción comienza a las 7 se prolongará hasta las doce.

—Si termino mi trabajo hasta las nueve te acompañaré.

Así fué. Do Moura y Stahling ingresaban al palacio barroco de la embajada argentina a las diez. El espectáculo se repetía: caballeros condecorados, damas en traje de baile, mucho lujo, profusión de luces, hombres arrogantes y mujeres hermosas. Los dos amigos se entretuvieron bebiendo sendas copas de champaña, bailando, conversando con amigos, admirando la apostura de los hombres y la belleza de las mujeres, ese singular hechizo de la gente itálica.

Al pasar a otra sala, advirtieron un grupo animado que festiculaba en torno a una dama.

—¡Es ella, es ella! —dijo do Moura nervioso. ¡Mírala!

Stahling reconoció al instante a la condesa Joanna Sacromonte.

Se aproximaron. Esta vez la discusión versaba acerca de los genios de la pintura. Después de cambios de ideas todos coincidieron en Rafael, Miguel Angel y el Tiziano.

—Nadie como ellos sentenció la condesa, nadie se les puede aproximar.

El demonio de la contradicción volvió a hacer presa del sudamericano:

—Tintoretto —profirió con voz fuerte.

La condesa Joanna lo miró disgustada. Luego con voz desafiante preguntó:

—¿Cómo así?

Stahling respondió calmoso:

—Por su audacia constructiva, su dominio del claroscuro, su riqueza colorística, la prodigiosa variedad de sus figuras, la grandiosidad de sus frescos y sus telas.

Se extendió sobre las virtudes y excelencias de la pintura de Jacopo Robusti. Fué interrumpido por la voz imperiosa de la dama:

—Cambiemos de tema.

Rodolfo no quiso perturbarla más. Ya era suficiente haberla alterado en dos ocasiones. Mientras el coloquio continuaba — ahora hablaban de escultores — se prometió no incomodar más a la mujer que seguía siendo amada y adulada por sus cortejantes: la rodeaban el banquero Fortinari, el embajador turco, el senador Di Mentis, el filósofo Vetzani, los hermanos Meglio críticos de arte, el escritor Durazzo y seis jóvenes de atractiva presencia.

Stahling se dedicó a admirar la beldad. Era realmente de impecable hermosura y distinción. Nada sofisticado en ella, voz y ademanes de perfecta naturalidad. Recordó a Homero "Calíope la de brazos hermosos"... Qué dulce sería dormirse en ellos, besar esa boca ancha y sensual, tener rendida a la deidad pagana, dominar esa altivez y esa belleza inaccesible, si, porque todos sabían que la condesa florentina, desde su viudez no había concedido sus favores a varón alguno. Le placía ser deseada y admirada pero a distancia.

De pronto una mirada al sesgo de la bella y Rodolfo quedó paralizado: no era una búsqueda curiosa ni una interrogación trivial, sino algo más serio, más profundo que no pudo definir, que le hizo latir el corazón apresuradamente. En un segundo captó ese rayo de interés inquietante que la mujer deja escapar cuando algo conmueve su espíritu.

El sudamericano no era vanidoso, sabía que nada en él podía concitar pasión en la beldad; y rápidamente presintió el juego: quería atraerlo para después humillarlo en presencia de todos. Estaría alerta. Nada en la condesa Joanna dejaba entrever sus intenciones.

En otra ocasión cuando se discutía quienes eran los mejores poetas ingleses —la Sacromonte siempre rodeada por sus cortejantes, Stahling un poco atrás acompañado por do Moura y Pellicer — la condesa resumiendo un cambio de ideas sentenciaba:

—De acuerdo: los mejores poetas ingleses son Shakespeare, Shelley, Byron.

Y por tercera vez brotó la voz clara del intruso:

—Han olvidado a Keats.

La beldad miró entre colérica y despectiva al interruptor. Luego dominando su furia interior cambió de expresión la fisonomía y modulando sagazmente la voz dijo dirigiéndose a Rodolfo a quien envió una sonrisa forzada:

—El señor tiene razón, habíamos olvidado a Keats.

El cuarto encuentro fué captado sólo por los dos protagonistas. Dominando el coro de sus cortejantes la condesa Joanna sentenciaba:

—Verdi, el más grande operista italiano.

Rodolfo pensó "olvida o ignora a Monteverdi, Vivaldi, Scarlatti" pero no quiso, esta vez, contradecir a la disertante limitándose a contemplarla con mirada maliciosa y una sonrisa burlona. Ella comprendió la intención: el hombre se sentía el más fuerte y se daba el lujo de callar como si un perdón piadoso cayera sobre sus palabras. Esta última actitud del diplomático colmó su ira. Sin que nada revelara la cólera íntima que la poseía, con perfecto dominio de si misma, modulando sabiamente la voz hasta hacerla suave, tentadora, acariciante, la condesa Joanna dijo dirigiéndose a Stahling:

—Señor consejero de embajada: usted me acompañará a casa.

Los circunstantes quedaron estupefactos, la condesa Joanna jamás había invitado ni aceptado compañía masculina al retirarse de una fiesta.

Stahling intuyó el juego de la pérvida: le haría creer que se entregaría y luego lo echaría de su palacio para difundir que lo había rechazado. Y venciendo su orgullo varonil de la tentación sensual que emanaba de la beldad, repuso secamente:

—No la acompañaré condesa Joanna porque en Sudamérica los hombres escogemos a las mujeres y no a la inversa.

Esta fué la única derrota de la beldad florentina.

EL ANALFABETO

—Ponga su nombre y apellido para prestar su declaración mandó el Comisario de policía.

El detenido se limitó a contestar:

—No sé...

¿Cómo no sabía leer ni escribir? Entonces se trataba de un analfabeto.

El caso se presentaba complicado. El almacenero de la esquina, hombre probo apreciado por el vecindario, afirmaba rotundamente que el hombrecillo andrajoso le había robado un reloj pulsera que estaba sobre el mostrador. El detenido, a su vez, negaba con igual ardor: "no yo, no yo" —repetía sin cansarse.

Fué sometido a rigurosa inspección y no se le encontró el reloj.

—Ha debido tirarlo al huir —vociferó el almacenero — pero yo lo ví, lo ví, cogió la prenda y escapó velozmente. Tardé algo en seguirlo y si no es por el agente que lo detuvo lo habría perdido mi reloj. El sabe dónde está, estoy segurísimo.

El hombrecillo, azorado, murmuraba:

—No yo... no yo...

El Comisario estaba desconcertado. No podía dudar de la buena fe del almacenero persona incapaz de atribuir una mala acción a un inocente; pero de otro lado no se encontró nada en posesión del presunto ladrón. ¿Era culpable, era inocente?

Tenía el aspecto de un infeliz. Harapiento, sucio, sin dejar de temblar ante la mirada severa del Comisario daba lástima. Pero la ley es la ley y si había robado tendría que ser castigado. Para amedrentarlo más aún y arrancar le la confesión, el Comisario frunciendo el ceño inquirió dirigiéndose al detenido:

—¿Sabe usted que robar es un delito?

El hombrecillo preguntó qué quería decir la palabra "delito".

—¡Mil diablos! —pensó el Comisario —además de analfabeto podría ser un retrasado mental.

El almacenero seguía jurando haberlo visto coger el reloj y escapar. El hombrecillo negaba moviendo la cabeza y abría su raída chaqueta para que lo examinaran. No había testigos. El detenido explicó que corría asustado por los gritos del almacenero e insistía en su laconismo "yo no, yo no..."

Antes de dar su fallo el Comisario intentó, una vez más, arrancar la confesión al presunto delincuente:

—¡Habla, vamos, dí la verdad! —dijo mirando fijamente al detenido. No te haremos nada si reconoces tu falta. Es inútil negar lo evidente. Tu estabas junto al mostrador el momento que desapareció la prenda y el señor dice que vió cómo la cogías y salías escapando. ¿Para qué negarlo? ¡Dí la verdad!

El hombrecillo, cada vez más asustado persistía en su negativa “no yo... no yo”.

El comisario, compungido, no sabía cómo fallar el caso. Se trataba del eterno caso del rico contra el pobre. ¿Cómo decidir en conciencia? El almacenero no podía haber inventado el asunto pero el cuerpo del delito no aparecía. No había testigos. ¿Cómo condenar sin pruebas? Tal vez otro se había apropiado de la prenda y lo confundieron con el detenido. Su aspecto era tan miserable que movía a lástima ¿lo habría arrastrado el hambre? Además parecía incapaz del acto de valor de coger lo ajeno y escapar. En estricta justicia no podía condenar sin pruebas ni testigos. ¡Qué diablos, no siempre los ricos han de tener la razón. Puso el caño más severo, dio un golpe con el mazo sobre la mesa y sentenció fulminante:

—¡Absuelto!

El hombrecillo se sobresaltó y con voz trémula preguntó:

—¿Quiere decir que debo devolver el reloj?

MONTELIMAR

Sucedió hace tanto tiempo, tanto tiempo que ha perdido el nombre para los hombres, pero yo, reencarnado en un ingeniero de puentes y calzadas lo recuerdo todo perfectamente porque me fué donada la facultad de evocar lo más lejano, lo más misterioso.

En aquella lejanía inmensurable yo era el cuarto soberano de mi linaje. Mi bisabuelo había aparecido en una isla dentro del soberbio lago del reino, situado en el corazón del territorio. Vestía todo él de negro llevaba un antifaz que le cubría el rostro y en la diestra un cetro de oro. Sobresalía por su porte y estatura sobre todos los varones. El, aclamado como Dios y Rey, impuso las severas normas, los rituales las costumbres del país, celosamente acatadas por la corte, el sacerdocio, los guerreros y el pueblo.

Recuerdo que a los treinta y cinco años, en la flor de mi edad, yo era el temible Montelimar Dios y Rey de los equos habitantes de las montañas cuyo dominio se extendía hasta el mar distante.

Nadie podía acercárseme sin tocar antes el suelo con la frente. Dignatarios y súbditos me exponían sus reclamos pero yo no les contestaba; solamente bajaba el cetro lo que significaba castigo o negativa, o bien lo alzaba en alto señal de clemencia y concesiones. Tampoco podía comunicar con ministros y generales; los escuchaba solamente, medía el valor de sus proposiciones, meditaba un rato o lo hacía esperar hasta el día siguiente y al cabo el Dios Rey —así lo establecía el ritual impuesto por mi bisabuelo —daba su veredicto irrevocable ante el cual todos se inclinaban servilmente. Yo era político más astuto y mejor estratega que mis subordinados por ello rara vez me equivoqué y cuando sobrevenía una crisis el pueblo la atribuía no a mi error sino al descontento del dios sumergido en mi cuerpo.

Planeaba y dirigía las grandes batallas pero no podía participar en ellas apesar de mi valor. La guardia especial constituida por mis mejores capitanes me mantenía lejos de los combates que yo dirigía con mirada de águila. Mis órdenes se cumplían rigurosamente. Recuerdo que en la conquista del país de la costa mi sangre joven bullía impaciente y quise encabezar una carga impetuosa de honderos y porristas, pero mis capitanes me rodearon impidiéndome intervenir en la pelea.

—Señor —dijo el Sumo Sacerdote— nuestro Dios-Rey no debe rebajarse a la condición de combatientes. Dirigís el mundo desde vuestro elevado sitio, no descendáis al contacto con las masas.

Otro tanto ocurría en las fiestas atléticas. Yo sabía que excedía en fuerza, velocidad y destreza a todos mas no me era dado rebajarme a competir con ellos. A veces, por las noches, corría, saltaba, realizaba pruebas de fuerza y maestría física que estaba seguro superaban a las de los atletas del reino. Solía asaltarme rabia de no poder lucirme en esas competencias.

A veces sorprendía conversaciones entre padres e hijos, diálogos entre amigos y coloquios amorosos en parejas que se sumían en tiernos coloquio. Y más que las palabras afectuosas que se tributaban me conmovía el cálido rayo de luz que brillaba en sus ojos. Pero como me estaba vedado expresar mis sentimientos tenía que, guardar para mí solo esas impresiones pasajeras.

En divinidad y realeza mi voluntad era omnímoda, pero en lo humano era poco menos que un ídolo. Escuchar y mandar era mi tarea de dios y gobernante. La comunicación con los demás me estaba prohibida. Podía moverme con toda libertad por la ciudad o viajar por el reino; siempre me seguían a respetuosa distancia algunos sacerdotes, ministros y guerreros con los cuales no me era dado dialogar.

Yo, Montelimar, dios y rey tenía un espíritu crítico desarrollado: ¿por qué el remoto bisabuelo había hecho de la deidad soberana prisionero? Porque en el fondo era así: Señor de naciones, de hombres, de la misma naturaleza que podía modificar a mi capricho, en realidad estaba rodeado por un cerco de soledad y de silencio que solo se rompía cuando graves problemas acosaban a la corte. Durante cuatro generaciones el ritual religioso, político y social se mantenía inquebrantable: el que regía todo desde lo alto no podía alternar con quienes lo rodeaban. ¿Por qué? Yo, como los astros, brillaba de lejos, nadie podía entrar en mi intimidad ni yo en la de ellos. Mundos separados.

Me gustaba administrar justicia. Cierta vez el Sacerdote del Culto Montuoso se prosternó y con la faz en tierra exclamó:

—Señor: estoy deshonrado. Mi hermano Lidardo ha robado a Nuvia, una de las vírgenes del Gran Nevado y ha huido con ella violando la ley. Castígame.

Pensé unos instantes y luego sentenció:

—Si los guerreros encuentran a los prófugos serán decapitados pero tu seguirás de Sacerdote del Culto Montuoso.

También me agradaba proteger a los niños de la extrema severidad de sus padres. El castigo ejemplar que dí a Martino por haber flagelado a su tierno hijo de diez años, sirvió de escarmiento a los malos padres: hícele cortar el meñique de la mano izquierda, y nadie volvió a pegar a los niños.

Después de las batallas ganadas por el valor de mis ejércitos pero debido a mi estrategia guerrera, con un simple toque de mi diestra en sus frentes confortaba a los heridos. Premiaba a los valientes. Sancionaba a los cobardes. Me dolía, en cambio, no poder comentar con otros el curso de las campañas y los resultados de las nuevas conquistas.

La música y las danzas me placían en alto grado, mas no podía exteriorizar mis simpatías. Veía, con envidia, cómo dignatarios y cortesanos cambiaban ideas acerca de la belleza sonora y plástica de los espectáculos públicos.

Muchas veces renegué en secreto del bisabuelo que me habla convertido en dios impidiéndome ser hombre. Porque el que no puede comunicar con nadie ¿es acaso un hombre?

Tampoco puedo olvidar aquella vez que se suscitó ardua discusión entre sacerdotes, dignatarios y guerreros acerca de los planes de regadío para fertilizar los altiplanos. Ellos no veían claramente el problema, yo sí. Tentado estuve, en varias ocasiones, de intervenir en el debate y hacerles que todos andaban equivocados. ¡Qué hermoso habría sido discutir con ellos y convencerlos de su error! Pero me estaba vedado dialogar con las gentes de la corte. Al pueblo sólo podía regirlo bajando o subiendo el cetro de oro; a los personajes podía hablarles sólo para explicar mis órdenes, sin esperar respuesta ni tolerar preguntas; lo que resolvía el Dios-Rey era inapelable, fuera de toda duda.

Las mujeres me eran permitidas únicamente como instrumento sexual; podía tomar la que se me antojase, soltera, casada, viuda. Mas la unión con ellas debía realizarse en la penumbra, yo con el rostro cubierto por el ancho antifaz del bisabuelo, ellas en absoluta mudez prohibidas de hablarme, evitando las exclamaciones de dolor o de gozo. Ignoraba qué eran amor, ternura, pues el desfogio físico me producía más desencanto que júbilo.

Cuando se trató de bajar al mar y en medio a la disputa de generales y dignatarios que encontraban muy arriesgada la expedición, corte en forma tajante las discrepancias:

—Bajaremos al mar —sentenció— y yo iré con vosotros.

La expedición costó muchas vidas pero nos permitió conquistar vastas franjas costeras y someter a comunidades salvajes del sur. ¡Cómo me habría gustado comentar las incidencias y sorpresas de la campaña, rica de hallazgos y sucesos insólitos! Como siempre tuve que esconder mis impresiones. Con faz inmutable oía las descripciones vividos de los otros sin poder participar en ellas.

Bien sabía que mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre habían respetado escrupulosamente su condición de Reyes-Dioses, sin apartarse un ápice de sus sagradas funciones. Pero yo, el soberano de la cuarta generación, sentía germinar en mí la rebeldía: ¿por qué se me privaba de todo aquello que era concedido a los hombres? Ese encierro dentro de sí mismo se me antojaba atroz. Hasta los treinta y cinco desempeñé mi misión de divinidad reinante. Todos me creían el más dichoso de los seres ignorando que era en realidad el más desdichado.

Los Sacerdotes del culto al Gran Nevado — yo era el Hijo de la Montaña y por eso lo encarnaba, sostenían que el mundo, nuestro mundo, se dividía en tres planos: el suelo de arriba, el suelo en que estamos, el suelo de Abajo. Decían que al morir los rectos iban al suelo de Arriba, los malos al suelo de Abajo; en éste todo oscuridad y tormentos; en aquel todo alegría y delicias. El suelo en que estamos devenía sólo una experiencia pasajera, porque cada cual renacía muchas veces bajo diversas formas. Yo no pensaba que todo fuese agradable Arriba y todo triste y penoso Abajo. Mi espíritu crítico me dictaba que dolor y alegría, luz y lo oscuro, actividad y descanso, sorpresa y mutaciones alternaban como en el suelo en que estamos lo mismo en lo alto que en lo profundo. Estas dudas no podía comunicarlas a ninguno. Y la más terrible consistía en que yo pensaba que el mayor castigo en el suelo de Abajo era la absoluta soledad y silencio de los condenados, sentenciados como el Dios-Rey a no poder comunicar con nadie.

Solía refugiarme en el Bosque Sagrado, inmensa extensión boscosa a la que sólo tenía acceso el Dios-Rey; y allí, a solas, cavilé muchas veces desdoblándome en otro yo imaginario si no sería posible intentar la reforma religiosa que humanizara a la deidad de los equos, permitiéndole tomar parte en sus actos y sus diálogos. Abriendo comunicación entre el Dios-Rey, hierático, inmutable, y los hombres que lo rodean. Pensé que acaso podría aproximar a mis favoritos por la palabra y el trato mutuo: será encantador... Pero luego volvía el mandato de la sangre y me veía obligado a recordar que sin la lejanía y altitud de mi rango, el rey despojado de la divinidad no sería temido ni obedecido. Hasta entonces la majestad esfíngica de la Deidad-Soberana mantenía a todos sometidos a sus designios inexorables. Sabio resultó el bisabuelo: el que manda debe mantenerse distante de los que obedecen y hablar poco, sólo para tomar las grandes decisiones. Nada más. ¡Cuán dulce habría sido, empero, tener un amigo o una mujer que compartiera mis sueños, mis deseos, mis decepciones, mis victorias, mis trances de entusiasmo o melancolía! ¿Qué

era yo, en última instancia? El Dios-Rey, superior a todos, la voluntad que todo lo puede pero también el más infortunado de los hombres, el prisionero del destino, forzado a revertir sobre si mismo. Veía y sentía como los demás gozaban con la fruición de las palabras, cómo se comunicaban penas y alegría, cómo intercambiaban esa vida volandera de los deseos y las sensaciones. Nadie supo jamás de esas mis cavilaciones. Regresaba de mis paseos solitarios al Bosque Sagrado tan altivo, callado, misterioso como siempre: el Rey-Dios seguía tan alejado, tan elevado, como el Gran Nevado distante padre de toda grandeza.

Muchas veces me hablaba yo solo y me respondía yo mismo para no perder la facultad del habla, pues el ritual del reino me imponía hacer de oráculo y de juez funciones que no se daban con frecuencia, o de impartir órdenes en las grandes ocasiones de la guerra, de la distribución de tierras y regadíos o en las dos fiestas anuales a la montaña cuyas ceremonias presidía.

Manasis, Terubión y Celarte, tres de mis mejores generales fueron acusado de haber guardado para si los mayores trofeos de la conquista y saqueo del territorio recién sometido de los evantes. Como las leyes del reino prohibían severamente el enriquecimiento ilícito escondiendo los mayores trofeos que pertenecían al Dios-Rey y al Sacerdocio, tuve que instaurar el gran juicio público. La acusación fue comprobada. Al llegar el turno de defensa los tres generales se expidieron valor:

—He faltado a mi deber —dijo Manasis.

—Terubión no fué menos sincero:

—Caí en falta —exclamó — no merezco perdón.

Celarte, el más joven, vaciló antes de pronunciarse y también con coraje reconoció:

—Retuve la que no me pertenecía.

Las leyes del reino eran severísimas. Quienes se apropiaban de los bienes de la dignidad real y del sacerdocio debían ser degradados a hombres de la gleba siéndoles cortada la mano izquierda.

Miré con pena a mis tres valientes a los que debía osadas y por primera vez reflexioné sobre la crueldad de nuestras costumbres. ¿Pero qué podía hacer si dios y rey era prisionero de la inexorable tradición? Bajé el cetro, los tres generales fueron degradados a hombres de la gleba y les fueron seccionadas las manos siniestras.

Esa noche soñé que Manasis, Terubión y Celarte se me aparecían y enseñándome sus muñones sangrientos me dirigían miradas de reproche. Su recuerdo turbó no pocas de mis horas. Más no dejé traslucir pena ni remordimiento: el Dios-Rey según el hábito ancestral tenía que ser duro, implacable, estaba más allá de los sentimientos.

El reino de los equos prosiguió extendiendo sus conquistas, dominaban ya dos tercios del continente tierras, costas, valles, llanos, grandes ríos y la alta conducción seguía descendiendo del País de Altura donde tenía mi morada y el Templo Mayor del Dios-Rey.

Una noche, durante mi paseo nocturno, sorprendí a dos jóvenes amantes. Escondidos en la espesura escuché sus confidencias, sus tiernas frases de amor, se me reveló la maravilla del amor en toda su pasión, su frescura, su encantada novedad. Llegué a pensar que trocaría toda mi grandeza y mi poder por tener una doncella (no una mujer simple instrumento sexual) a quien confiar mis ideas, mis sentimientos, mis anhelos de dicha; ¿porque no era la dicha eso que estaba viendo y absorbiendo, la comunicación de dos que resumen en la vida en el contacto y la comprensión mutuos?

Eran pues felices todos aquellos que podían acercarse, amarse, entenderse con el milagro de las palabras y las voces henchidas de ternura. Y una sonrisa, una caricia, una palabra, un beso de mujer casta y libremente expresado valían más que todas las fruiciones del poder.

Los amantes se fueron alejando sin advertir mi presencia. Iba a retirarme a mi Templo-Palacio cuando la doncella Tamiris en la que apenas antes había reparado se arrodilló a mis pies y tocando el suelo con su frente balbució:

—Perdón, Gran Señor, ignoraba que estabas aquí.

Cogiéndola de la mano le dije:

—Levántate, ya no volverás a tocar el suelo con tu frente en mi presencia.

Y juntos nos internamos en el Bosque Sagrado donde a excepción del soberano nadie puede penetrar.

Así fué como los equos perdieron a Montelimar, su cuarto Dios-Rey que trocó la grandeza silente del Sumo Poder por la dicha del hombre que ama, expresa y comparte en palabras su tránsito terreno.

RAMONCITO Y LA PELOTA DE TRAPO

Nadie sabía quién era, cuáles sus padres, dónde habitaba ni de qué se ocupaba. Le pusieron el nombre de Ramoncito y como los chicos eran de buen corazón lo invitaban a jugar con ellos. Verdad que Ramoncito era una criatura dócil, servicial de buen carácter, siempre dispuesto a prestar al necesitado. Hablaba poco, no discutía ni peleaba nunca pero tenía una tal habilidad para manejar la pelota que todos querían tenerlo en su bando.

El no empujaba, no acometía agresivamente a los otros chicos, no los aventajaba en el correr ni despedía tiros formidables de esos que dejan parado al arquero. Pero era diestrísimo en los pases, siempre se hallaba bien colocado cerca de la valla contraria. Se diría que tenía imán en los pies que la pelota se le acercaba sumisa y con precisión increíble el gol surgía de sus zapatos rotos.

Amigos no los tenía, sólo compañeros ocasionales detrás de la pelota de trapo. Terminado el juego todos se dispersaban en grupos o en pandilla a sus casas. Ramoncito se alejaba solitario ¿hacia dónde? Nadie lo sabía porque su aspecto desastrado y su silencio no invitaban a la confidencia ni menos a la camaradería.

¡Pero vaya si jugaba bien! Menudo y ágil se escurría como una liebre entre las piernas de los chicos y de pronto aparecía cerca del arco y llegaba el tanto inevitable.

—No sé qué diablos pasa— le confió Luisito a Carolus el mayor del grupo— nunca se va sin haber metido por los menos dos goles. Otra vez Federico el matón del grupo arremetió brutalmente contra el pequeño metiéndole el codo en la cara. Ramoncito rodó varios metros, se levantó y limpiándose la sangre con la manga de la camiseta porque carecía de pañuelo dijo sencillamente:

—No es nada.

Desde entonces viéndolo tan pequeño, indefenso, y valeroso los chicos lo respetaron y nadie volvió a agredirlo durante el juego.

Ramoncito siguió siendo el as del juego al extremo que se descontaban de antemano sus dos famosos goles del bando al cual pertenecía.

Era algo increíble: ni patadones terrorífica, ni carreras vertiginosas, ni combinaciones fulgurantes pero siempre aparecía el pequeño cerca del arco. Hacía un pase medido, le devolvían la pelota y se producía el gol infaltable.

Juanito se mordía de rabia: también él jugaba bien, pero muchas veces se le cerraba el arco y no podía lograr el ansiado tanto. “En cambio el chico —pensaba— la pelota le busca los pies. Es cosa de brujas”.

La víspera de Navidad los chicos celebraron un gran partido a diez goles —el tiempo no contaba— cuatro de los cuales fueron anotados por Ramoncito. Le entregaron el hermoso panteón de premio al mejor jugador: Ramoncito lo miró con codicia y luego vacilante exclamó:

—Que sea para todos.

Todos gozaron del sabroso panteón sin saber que esa noche Ramoncito sólo tendría por comida un pan duro y la mitad de una huminta seca.

Nadie sabía los padecimientos del pequeño, sin hogar, sin padres, sin amigos que vivía de vender periódicos en la mañana y se vestía con la ropa que le donaban manos caritativas.

La Nochebuena, en el portal de la Capilla, cuando después de oída la Misa Pascual se retiraron a sus casas para seguir celebrando la Navidad Ramoncito se durmió en el portal de la Capilla.

Viéndolo tan pequeño, tan desamparado, tan lindo a pesar de las ropas raídas y los zapatos rotos el Angel de la Guardia lo cogió dormido y se lo llevó al Cielo.

Cuando Ramoncito despertó se vio en un hermoso campo alfombrado de tupida hierba. Los Ángeles disputaban un gran partido de fútbol: se llevaba la pelota de trapo con pies y alas. Invitado a participar en el juego el pequeño se puso a jugar con habitual destreza. La pelota de trapo buscaba a su favorito y no fue raro que marcara cinco soberbios tantos. Y era extraño: vestía un flamante atuendo deportivo y sus zapatos lucían nuevos y brillantes.

Cada vez que Ramoncito marcaba un gol los serafines de espectadores entonaban canciones hermosísimas.

Impaciente con la maestría del niño un Angel dio un golpe suave con el ala al pequeño que cayó sin lastimarse.

—¡Penal, penal! —gritó San Pedro que arbitraba el partido imponente con sus barbas fluviales y el ceño fruncido.

Los Ángeles se arremolinaron unos aplaudieron, otros protestando pero San Pedro más enérgico que un sargento en una carga de caballería vociferó:

—¡Penal!

Ramoncito, compadecido del Angel-Arquero al que había marcado cinco goles, pateó la pelota suave y directo a sus alas. La voz del árbitro resonó indignada:

—¡Trampa, en el Cielo no se hacen trampas! Vuelve a patear. Y Ramoncito contra toda su voluntad tuvo que marcar el sexto gol al Angel-Arquero que lo miraba azorado.

Terminado el partido Ramoncito fue proclamado el mejor jugador de los cuadros celestiales. San Pedro le regaló un par de hermosas alas. Esa noche se acostó con la pelota de trapo por almohada tuvo el más bello de los sueños.

Y Ramoncito ya no regresó a la tierra porque es el capitán titular del equipo campeón del cielo.

Fernando Diez de Medina

La presente primera edición electrónica de "LOS DOS PRIMOS", es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina. © 2004. La Paz – Bolivia

Inicio